

PEZA, JUAN DE DIOS (1852-1910)

## LEYENDAS DE LAS CALLES DE MÉXICO

1. EL CALLEJÓN DEL BESO
2. CALLE DE LA CADENA
3. LA CAJA MILAGROSA
4. LA CALLE DEL CALVARIO
5. DEL ESCENARIO A LA CELDA
6. LA FUNDACIÓN DE LA CUNA
7. LA CALLE DEL ESCLAVO
8. LA CALLE DE LA ESCONDIDA
9. EL INDIO TRISTE
10. LA CALLE DE LA “MACHINCUEPA”
11. LA CALLE DE LAS MORAS
12. LA CALLE DEL NIÑO PERDIDO
13. LA VIRGEN DE LA PIEDAD
14. LA VELA DE PIEDRA
15. LA PRINCESA AZTECA
16. EL RELOJ DEL PALACIO
17. EL “CACAHUATLE” DE SAN PEDRO
18. LA CALLE DE “XICOTENCATL”

### EL CALLEJÓN DEL BESO

(Leyenda de la primera calle de los plateros)

Una noche invernal, de las más bellas  
con que engalana enero sus rigores  
y en que asoman la luna y las estrellas  
calmando penas e inspirando amores;  
noche en que están galanes y doncellas  
olvidados de amargos sinsabores,  
al casto fuego de pasión secreta  
parodiando a Romeo y a Julieta.

En una de esas noches sosegadas,  
en que ni el viento a susurrar se atreve,  
ni al cruzar por las tristes enramadas  
las mustias hojas de los fresnos mueve

en que se ven las cimas argentadas  
que natura vistió de eterna nieve,  
y en la distancia se dibujan vagos  
copiando el cielo azul los quietos lagos;

llegó al pie de una angosta celosía,  
embozado y discreto un caballero,  
cuya mirada hipócrita escondía  
con la anchurosa falda del sombrero.  
Señal de previsión o de hidalguía  
dejaba ver la punta de su acero  
y en pie quedó junto a vetusta puerta,  
como quien va a una cita y está alerta.

En gran silencio la ciudad dormida,  
tan sólo turba su quietud serena,  
del Santo Oficio como voz temida  
débil.campana que distante suena,  
o de amor juvenil nota perdida  
alguna apasionada cantilena  
o el rumor que entre pálidos reflejos  
suelen alzar las *rondas* a lo lejos.

De pronto, aquel galán desconocido  
levanta el rostro en actitud violenta  
y cual del alto cielo desprendido  
un ángel a su vista se presenta  
—¡Oh Manrique! ¿Eres tú? ¡Tarde has venido!  
—¿Tarde dices, Leanor? Las horas cuenta.  
Y el tiempo que contesta a tal reproche  
daba el reloj las doce de la noche.

Y dijo la doncella: — “Debo hablarte  
con todo el corazón; yo necesito  
la causa de mis celos explicarte.  
Mi amor, lo sabes bien, es infinito,  
tal vez ni muerta dejaré de amarte  
pero este amor lo juzgan un delito  
porque no lo unirán sagrados lazos,  
puesto que vives en ajenos brazos.

“Mi padre, ayer, mirándome enfadada  
me preguntó, con duda, si era cierto  
que me llegaste a hablar enamorado,  
y al ver i confusión, él tan experto,  
sin preguntarme más, agregó airado:

prefiero verlo por mi mano muerto  
a dejar que con torpe alevosía  
mancille el limpio honor de la hija mía.

“Y alguien que estaba allí dijo imprudente:  
¡Ah! yo a Manrique conocí en Sevilla,  
es guapo, decidor, inteligente,  
donde quiera que está resalta y brilla,  
mas conozco también a una inocente  
mujer de alta familia de Castilla,  
en cuyo hogar, cual áspid, se introdujo  
y la mintió pasión y la sedujo.

Entonces yo celosa y consternada  
le pregunté con rabia y amargura,  
sintiendo en mi cerebro desbordada  
la fiebre del dolor y la locura:  
—¿Esa inocente víctima inmolada  
hoy llora en el olvido su ternura?  
Y el delator me respondió con saña:  
—¡No! La trajo Manrique a Nueva España.

“Si es la mujer por condición curiosa  
y en inquirir concentra sus anhelos,  
es más cuando ofendida y rencorosa  
siente en su pecho el dardo de los celos  
y yo, sin contenerme, loca, ansiosa,  
sin demandar alivios ni consuelos,  
le pregunté por víctima tan bella  
y en calma respondió: — Vive con ella.

“Después de tal respuesta que ha dejado  
dudando entre lo efímero y lo cierto  
a un corazón que siempre te ha adorado  
y sólo para ti late despierto,  
tal como deja un filtro envenenado  
al que lo apura, sin color y yerto:  
no te sorprenda que a tu cita acuda  
para que tú me aclares esta duda”.

Pasó un gran rato de silencio y luego  
Manrique dijo con la voz serena  
— “Desde que yo te vi te adoro ciego  
por ti tengo de amor el alma llena;  
no sé si esta pasión ni si este fuego  
me ennoblece, me salva o me condena,

pero escucha, Leonor idolatrada,  
a nadie temo ni me importa nada.

“Muy joven era yo y en cierto día  
libre de desengaños y dolores,  
llegué de capitán a Andalucía,  
la tierra de la gracia y los amores.  
Ni la maldad ni el mundo conocía,  
vagaba como tantos soñadores  
que en pos de algún amor dulce y profundo  
ven como eterno carnaval el mundo.

“Encontré a una muher joven y pura,  
y no sé qué la dije de improviso,  
la aseguré quererla con ternura  
y no puedo negártelo: me quiso.  
Bien pronto, tomó creces la aventura;  
soñé tener con ella n paraíso  
porque ya en mis abuelos era fama:  
antes Dios, luego el Rey, después mi dama.

“Y la llevé conmigo; fue su anhelo  
seguirme y fue mi voluntad entera;  
surgió un rival y le maté en un duelo,  
y después de tal lance, aunque quisiera  
pintar no puedo el ansia y el desvelo  
que de aquella Sevilla, dentro y fuera,  
me dio el amor como tenaz castigo  
del rapto que me pesa y que maldigo.

“A noticias llegó del Soberano  
esta amorosa y juvenil hazaña  
y por salvarme me tendió su mano,  
y para hacerme diestro en la campaña  
me mandó con un jefe veterano  
a esta bella región de Nueva España...  
¿Abandonaba a la mujer aquella?  
soy hidalgo, Leonor, ¡vine con ella!

“Te conocí y te amé, nada te importe  
la causa del amor que me devora;  
la brújula, mi bien, siempre va al norte;  
la alondra siempre cantará a la aurora.  
¿No me amas ya? pues deja que soporte  
a solas mi dolor hora tras hora;  
no demando tu amor como un tesoro,

¡bástame con saber que yo te adoro!

“No adoro a esa mujer; jamás acudo  
a mentirle pasión, pero tú piensa  
que soy su amparo, su constante escudo,  
de tanto sacrificio en recompensa.  
Tú, azucena gentil, yo cardo rudo,  
si ofrecerte mi mano es una ofensa  
nada exijo de ti, nada reclamo,  
me puedes despreciar, pero te amo”.

Después de tal relato, que en franqueza  
ninguno le excedió, calló el amante,  
inclinó tristemente la cabeza;  
cerró los ojos mudo y anhelante  
ira, celos, dolor, miedo y tristeza  
hiriendo a la doncella en tal instante  
parecían decirle con voz ruda:  
la verdad es más negra que la duda.

Quiere alejarse y su medrosa planta  
de aquel sitio querido no se mueve,  
quiere encontrar disculpa, mas le espanta  
de su adorado la conducta aleve;  
quiere hablar y se anuda su garganta,  
y helada en interior como la nieve  
mira con rabia a quien rendida adora  
y calla, gime, se estremece y llora.

¡Es el humano corazón un cielo!  
Cuando el sol de la dicha lo ilumina  
parece azul y vaporoso velo  
que en todo cuanto flota nos fascina:  
si lo ennegrece con su sombra el duelo,  
noche eterna el que sufre lo imagina,  
y si en nubes lo envuelve el desencanto  
ruje la tempestad y llueve el llanto.

¡Ah! cuán triste es mirar marchita y rota  
la flor de la esperanza y la ventura,  
cuando sobre sus restos solo flota  
el negro manto de la noche oscura;  
cuando vierte en el alma gota a gota  
su ponzoñosa esencia la amargura  
y que ya para siempre en nuestra vida  
la primera ilusión está perdida.

Leonor oyendo la vulgar historia  
del hombre que encontrara en su camino,  
miró eclipsarse la brillante gloria  
de su primer amor, casto y divino;  
su más dulce esperanza fue ilusoria,  
culpaba, no a Manrique, a su destino  
y al fin le dijo a su galán callado:  
—”Bien; después de lo dicho, ¿qué has pensado?

“Tanta pasión por ti mi pecho encierra  
que el dolor que me causas lo bendigo;  
voy a vivir sin alma y no me aterra,  
pues mi culpa merece tal castigo.  
Como a nadie amaré sobre la tierra  
llorando y de rodillas te lo digo,  
haz en mi nombre a esa mujer dichosa,  
porque yo quiero ser de Dios esposa.

Calló la dama y el galán, temblando,  
dijo con tenue y apagado acento:  
—”Haré lo que me pidas; te estoy dando  
pruebas de mi lealtad, y ya presiento  
que lo mismo que yo te siga amando  
me amarás tú también en el Convento;  
y si es verdad, Leonor, que me has querido  
dame una última prueba que te pido.

“No tu limpia pureza escandalices  
con este testimonio de ternura  
no hay errores, ni culpas, ni deslice  
entre un hombre de honor y un alma pura;  
si vamos a ser ambos infelices  
y si eterna ha de ser nuestra amargura,  
que mi postrer adiós que tu alma invoca  
lo selles con un beso de mi boca”.

Con rabia, ciega, airada y ofendida,  
—”No me hables más, — repuso la doncella —  
sólo pretendes verme envilecida  
y mancillarme tanto como a aquélla.  
Te adoro con el alma y con la vida  
y maldigo este amor, pese a mi estrella,  
si hidalgo no eres ya ni caballero  
ni debo amarte, ni escucharte quiero”.

Manrique, entonces la cabeza inclina,  
siente que se estremece aquel recinto,  
y sacando una daga florentina,  
que llevaba escondida bajo el cinto  
como un tributo a la beldad divina  
que amó con un amor jamás extinto,  
altivo, fiero y de dolor deshecho  
diciendo :—”Adiós, Leonor”, la hundió en su pecho.

La dama, al contemplar el cuerpo inerte  
en el dintel de su mansión caído,  
maldiciendo lo negro de la suerte,  
pretende dar el beso apetecido.  
Llora, solloza, grita ante la muerte  
del hombre por su pecho tan querido,  
y antes de que bajara hasta la puerta  
la gente amedrentada se despierta.

Leonor, a todos sollozando invoca  
y les pide la lleven al convento  
junto a Manrique, en cuya helada boca  
un beso puede renovar su aliento.  
Todos claman oyéndola: “¡Está loca!”  
y ella, fija en un solo pensamiento  
convulsa, inquieta, lívida y turbada  
cae, al ver a su padre, desmayada.

Y no cuentan las crónicas añejas  
de aquesta triste y amosa hazaña,  
si halló. asilo Leonor tras de las rejas  
de algún convento de la Nueva España.  
Tan fútil como todas las consejas,  
si ésta que narro a mi le lector extraña,  
sepa que a la mansión de tal suceso,  
llama la gente: “El Callejón del Beso”.

## LA CALLE DE LA CADENA

Aún estaba conmovido  
el bajo pueblo de Anáhuac  
recordando el fin postrero  
de los dos hermanos Avila;

aún al cruzar por las noches

la anchurosa y triste plaza,  
al mirar en pie las horcas  
las gentes se santiguaban;

y aún en algunos conventos  
rezábanse las plegarias  
a fin de que los difuntos  
lograsen salvar sus almas;

cuando un pregón le decía  
a la curiosa canalla  
que por atroces delitos,  
que por pudor se callaban,

iba a ser ajusticiado  
por voluntad del monarca  
un negro recién venido  
con un noble a Nueva España.

Como se anunció la fecha  
la gente acudió a la plaza,  
en tal número y desorden  
que un turbión asemejaba,

porque en los terribles casos  
en que la justicia mata  
la humanidad se desvive  
por mostrar que no es humana.

Desde que lució la aurora  
acudió la gente en masa  
y muchos allí durmieron  
esperando la mañana.

Mirábanse a los verdugos  
que el cadalso custodiaban  
ya con los rostros cubiertos  
con una insultante máscara.

El sol estaba muy alto,  
la gente con vivas ansias,  
los verdugos en acecho  
y los soldados en guardia;

y ninguno suponía  
que el acto aquel se frustrara

cuando de mirar al reo  
perdieron las esperanzas.

De pronto, a galope llega  
un dragón junto a las tablas  
del cadalso, y con alguno  
de los centinelas habla.

Los verdugos, para oírlo  
descienden la escalinata,  
y corre un rumor que anuncia  
que la ejecución se aplaza.

El toque de los clarines  
pronto anuncia retirada,  
y en diversas direcciones  
plebe y soldados marchan.

Hay disgusto en los semblantes  
de mozuelas y beatas,  
pues como a ninguno ahorcaron  
han perdido la mañana.

Y se resienten de verse  
por el Pregón engañadas,  
y viendo solo el cadalso,  
rezan, murmuran y charlan.

Los curiosos insistentes  
que averiguan la causa  
del retardo, al fin descubren  
lo que nadie se explicaba.

Cuentan que trayendo al negro  
de San Lázaro a la plaza,  
cuando apenas por oriente  
se vislumbró la mañana,

cercado por alguaciles  
y por mucha gente armada,  
bebiéndose de amargura  
sus propias, ardientes lágrimas,

con voz fúnebre pidiendo  
*que hicieran bien por su alma,*  
un sacerdote entregado

a cumplir siempre estas mandas;

mirando a todas las gentes  
en balcones y ventanas  
darle el adiós postrimero  
entre llantos y plegarias.

El negro que parecía  
de susto no tener alma,  
cruzó por una calleja  
tan angosta como larga,

donde entre humildes jacales  
surgía como un alcázar  
un caserón de tezontle  
con paredes almenadas,

con toscas rejas de hierro  
en forma de antiguas lanzas,  
con canales cual cañones  
que el alto muro artillaban,

y bajo el vetusto escudo  
de ininteligible heráldica  
un ancho portón forrado  
de gruesas y oscuras láminas;

teniendo como atributo  
que las gentes veneraban,  
una cadena de acero burda,  
negra, tosca y larga.

Con sus ojos que vertían  
raudales de vivas llamas,  
mira el negro de soslayo  
aquella ostentosa casa,

y sin que evitarlo puedan  
los cien que lo custodiaban  
tan ligero como un rayo  
del centro se les escapa,

gana de un salto la acera,  
se arrodilla en la portada  
y cogiendo la cadena  
en las dos nianos, con ansia

grita con voz que parece  
un rugido: “¡Pido gracia!  
¡Pido gracia a la nobleza  
de nuestro amado monarca!”

Y corchetes y alguaciles  
y arcabuceros y guardias  
se quedaron asombrados  
y sin responder palabra.

Porque sabido de todos era  
que en aquella casa vivía  
un señor de abolengo  
entre los grandes de España,

que por fuero de linaje  
en sus títulos estaba  
tener cadena en su puerta  
y pendón en la fachada.

El reo que esa cadena,  
por su fortuna tocara  
al marchar para el cadalso,  
de la muerte se libraba.

Y el negro, que esto sabía,  
tuvo la fortuna extraña  
de alcanzar tal privilegio  
que otro ninguno lograra.

Mirando lo sucedido,  
nobles, corchetes y guardias,  
con gran susto de la escena  
no siguieron a la plaza,

pues tornaron al presidio  
la víctima afortunada;  
al Virrey le dieron parte  
y todo quedóse en calma.

Hoy sólo existen los muros  
de la mansión legendaria,  
sin huellas de las almenas  
ni escudo de la portada.

Y dicen los que lo saben,  
doctos en antiguas causas,  
que la angosta callejuela  
de “La Cadena” hoy se llama.

## LA CAJA MILAGROSA (Leyenda del ex-convento de La Concepción)

### I

Para honrar la siempre limpia  
Concepción Inmaculada  
en la hermosa y opulenta  
capital de Nueva España,

un vecino muy devoto  
y de riquezas muy vastas,  
trató de hacer un convento  
digno de gloria tan alta;

y comprando unos solares,  
y al rey demandando gracia,  
logró dar cima a su anhelo  
sin medir riesgos ni vallas.

Llamábase aquel buen hombre  
Juan Aguirre de Suasnaba,  
pródigo en las caridades,  
y en las costumbres, sin tacha.

Cuando con gran regocijo  
miró su obra comenzada  
y dio fin a los cimientos  
y forma a sus esperanzas,  
la segur, que no respeta  
glorias y dichas mundanas,  
cortó el hilo de su vida,  
por cierto envidiable y grata.

Tocó a sus más allegados  
heredar cuanto dejara,  
y ya ricos, no quisieron  
proseguir obra tan santa.

Quedó en punible abandono  
la nueva y costosa fábrica,  
sin que de ponerle término  
se dijera una palabra.

Los dueños de la fortuna  
fuéronse a tierras extrañas,  
y nadie creyó que hubiese  
quien a Aguirre reemplazara.

Apagáronse de un soplo  
las ilusiones doradas  
de cuantos vieron seguía  
del nuevo templo la fábrica.

Y en las más nobles familias  
con dolor se comentaba  
la conducta de los deudos  
del propio interés avara.

Las pudorosas doncellas  
que con delicia y con ansia  
soñaron en vestir pronto  
manto azul, túnica blanca,

y habitar del nuevo claustro  
la quieta y feliz morada,  
al saber la triste nueva  
vertieron secretas lágrimas.

En esos tiempos remotos  
del mundo en la mar sin playas,  
para encaminarse al cielo  
era el convento la barca;

la celda, puerto y refugio  
de la vida en las borrascas;  
y la fe, radiante estrella,  
nuncio y galardón del alba.

En los tristes desengaños,  
en las dudas más amargas,  
en la orfandad sin apoyo  
y el amor sin esperanza,

cuando todos los dolores

a un tiempo el ánimo embargan  
y la razón obscurece  
y las virtudes desmayan,

el claustro fue la piscina,  
el Jordán de frescas aguas  
en que encontraron alivio  
los hondos males del alma.

Y las vírgenes más bellas,  
las azucenas más castas,  
en sus floridos abriles,  
en su edad más dulce y grata,

encerrábanse en las celdas  
como en tumbas solitarias,  
viviendo en completo olvido  
sin ambiciones bastardas;

y allí, sin decir a nadie  
la historia de sus desgracias,  
era su ilusión la muerte  
y el martirio su enseñanza.

Tarde por tarde, iban muchos  
a ver en desierta plaza,  
frente a la modesta ermita  
que a nuestros tiempos alcanza

los comenzados cimientos  
de la nueva mansion sacra  
que iba a honrar la siempre  
limpia Concepción Inmaculada;

y para excitar el celo  
de gentes ricas y santas  
que con su cuantiosa hacienda  
el monasterio acabaran,

una fiesta organizóse  
invitando a la más alta  
sociedad de la opulenta  
capital de Nueva España.

En medio de gran gentío  
un viejo orador sagrado  
dice así con voz sonora  
y con inmenso entusiasmo:

— “No es cierto que nadie quiera  
esta obra llevar a cabo,  
que hay alguien a quien le sobran  
elementos para el caso.

Allí escondido entre muchos  
acierto a ver a mi hermano;  
lo conocéis casi todos,  
le llaman Simón de Haro”;

“es un minero muy rico,  
y es además buen cristiano,  
y va a encargarse de todo  
lo que otros abandonaron”.

“¿Que habrá que gastar dinero ?  
¡nada importa! ¡Tiene tanto!  
y además pueden sus minas  
darle cuanto es necesario.

El terminará el convento,  
él lo hará, puedo jurarlo,  
y tal vez desde mañana  
ocupe aquí muchos brazos”.

Volvieron todos el rostro  
a don Simón, contemplando  
que estaba absorto y confuso  
con un sermón tan extraño.

Y prodigándole encomios,  
y apretándole la mano,  
por su decisión tan noble  
todos le felicitaron.

Sin dar a nadie respuesta,  
confuso, atónito, pálido,  
al ver ya fuera del púlpito  
a quien movió tal escándalo,

fuése saliendo a su encuentro  
de esta guisa a interpelarlo.  
— Si sabes que soy muy pobre,  
pues muy exiguo es mi erario,

¿por qué de erigir conventos  
me impones el duro encargo  
cuando en mi caja no quedan  
más que muy pocos ducados ?

—Yo no he dicho una palabra.  
—¡Estás loco! Te escucharon  
todos los que aquí han venido  
y que no son muy escasos.

— Pues te juro que no dije  
ni una frase... —Has djcho tanto  
que todos me reconocen  
como un rico nada avaro,  
que va a construir el convento.

En esto pienso que hay algo  
misterioso, incomprensible.  
—Lo que dijeron tus labios  
todo el mundo lo comprende.  
—Yo no lo he dicho.—Habla claro.

—Sospecho que las palabras  
que oyeron todos, hermano,  
las ha dicho por mi boca  
el mismo Espíritu Santo.

— ¿Será posible ?—No dudes,  
porque yo ni lo he pensado,  
y al decir que nada dije  
con esta verdad me salvo.

—Dios será quien te proteja.  
—Yo estoy muy pobre y no guardo  
en caja sino muy poco,  
ven a ver mi caja.—Vamos.

De don Simon a la casa  
bien pronto se encaminaron,  
y abriendo una tosca puerta  
entraron a húmedo cuarto.

Vieron los dos una caja  
abandonada en un ángulo,  
forrada en vetusto cuero  
y llena de toscos clavos.

La abrió don Simón, y al punto  
saca con su propia mano  
cerca de catorce duros  
que allí estaban encerrados.

— ¿Basta para un monasterio  
este pequeño puñado?  
Y antes de que a tal pregunta diera  
respuesta su hermano,

dentro de la antigua caja  
oyeron un ruido extraño  
y los espantados ojos  
a un tiempo volvieron ambos.

De escudos limpios y hermosos  
halláronla rebosando,  
y postráronse de hinojos  
absortos de aquel milagro.

Vaciáronla varias veces,  
y en cada vez la encontraron  
llena de nuevas monedas  
que arrojaba ignota mano.

—Con esto se hará el convento.  
—Y la obra llevaré a cabo.  
—Alabemos a la Virgen,  
—Y al Señor tres veces santo.

Con lágrimas en los ojos  
y trémulos y rezando,  
el clérigo y el minero  
salieron al fin del cuarto.

Se dio principio a las obras,  
y en menos de quince años  
se alzó el templo y el convento  
de la Concepción llamado.

Y en el espléndido coro,  
las monjas siempre guardaron,  
como caja milagrosa,  
portento admirable y raro,

la que durante las obras  
sola se estuvo llenando  
hasta que la última piedra  
se puso en el templo santo.

Y esta conseja la citan  
haciendo mención del caso  
autores que en nuestros tiempos  
pasan por doctos y sabios.

#### LA CALLE DEL CALVARIO (Leyenda del clavo)

Joseph Ramírez Dorantes,  
era, hablando con verdad,  
uno de los estudiantes  
más cumplidos y galantes  
de nuestra Universidad.

Era de honrada ascendencia,  
su padre cifró su afán  
en ilustrarlo a conciencia,  
y a estudiar jurisprudencia  
lo mandó de Michoacán.

Vivió, cual es de ordinario,  
sufriendo algunos rigores;  
y el centro universitario  
lo nombró bibliotecario  
del claustro de los Doctores.

Fué una *borla* su esperanza,  
sin que de la suerte impía  
temiera aleve asechanza,  
y tan dado a la enseñanza  
que un *Dômnine* parecía.

Siempre a las contiendas hecho,  
amaba la discusión,

y en la mesa y en el lecho  
era un curso de derecho  
su amena conversación.

En su memoria reunidas,  
con invisible buril,  
se encontraban esculpidas  
las leyes de las Partidas  
y del derecho civil.

Era alegre y zalamero,  
decidor grato y sin par,  
y en aquel claustro severo  
era en la misa el primero  
que se acercaba al altar.

¡Con qué entusiasmo estudiaba!  
y era por su devoción,  
si a un santo se celebraba,  
el que a llevar ayudaba  
el palio en la procesión.

Y a un tiempo afable y sencillo,  
lleno de franqueza y fe,  
sin buscar aplauso y brillo,  
jugaba igual un tresillo  
como bailaba un minué.

Y así de todos querido,  
en lo mejor de su edad,  
y por todos aplaudido,  
juzgábanlo el consentido  
de aquella Universidad.

## II

Locuaz, osado, altanero,  
de embozada condición,  
era en el claustro severo  
de Ramírez compañero  
Roque Manresa y León.

En estudiar diligente,  
cursando Filosofía,  
era discreto y prudente

que en época tan creyente  
él ni en el diablo creía.

Del Génesis y el Exodo  
burlábase por igual,  
mas con tan discreto modo,  
que le juzgaban en todo  
sincero, adicto y leal.

Eran ambos estudiantes  
alegres y decidores,  
para los libros, constantes,  
y según fama, galantes  
y atrevidos, en amores.

Nunca se les vieron huellas  
de suntuos enivlecidos  
por tenebrosas querellas  
eran terror de doncellas  
y espanto de los maridos.

Y eran ambos celebrados  
por la grey alegre y franca  
de capences y encerrados,  
que no eran menos osados  
que aquellos de Salamanca.

Bautizados por alguno  
de chispa y de buen humor,  
con un apodo oportuno  
llamaban “El Tigre”, al uno,  
y al otro “El Inquisidor”.

### III

¡Tiempos tristes los pasados!  
el rigor era la ley,  
cuando ilusos o engañados  
eran los hombres quemados  
de orden de Dios y del Rey.

Cuando nunca se atendía  
el derecho y la razón;  
y el que negaba o leía  
iba a la cárcel sombría

de la Santa Inquisición.

De aquel proceder severo,  
eran testimonio y nota,  
pasmando a Méjico entero,  
tres sitios: el quemadero,  
el cadalso y la picota.

El progreso en su carrera  
la picota derribó,  
apagó después la hoguera,  
y tras su llama postrera  
sólo el cadalso quedó.

Mudo, terrible, imponente,  
como fantasma servil,  
fue Méjico, independiente,  
y aun se asombraba a la gente  
matando a garrote vil.

Se ve entonces de ordinario,  
a lento paso marchar  
por la calle del Calvario,  
con hoga y escapulario,  
al que van a ajusticiar.

Siempre el toque de agonía  
fue la voz nunca turbada  
de aquella calle sombría,  
a cuyo extremo se erguía  
la horca odiosa y odiada.

La calle a todos arredra  
y en las noches causa espanto;  
que allí el infortunio medra,  
y todos ven cada piedra  
humedecida con llanto.

En sus contornos oscuros,  
se oyen gritos sofocados,  
maldiciones y conjuros,  
y cruzan cabe sus muros  
espectros de ajusticiados.

El pueblo, que nada olvida,  
afirma con frenesí

que en la noche tan temida  
el alma de un parricida  
sale a penar por allí.

Y que. no son devaneos  
ver, al dar las oraciones,  
sobre. el altar de los reos  
como terribles trofeos  
luminosos .corazones.

Esa fúnebre capilla  
que enluta eterno capuz,  
pues.en ella nada brilla  
es tosca, pobre, sencilla  
con un altar y una cruz.

Allí con solemne calma  
entraba el.que fuera en pos  
como.mártir, de una palma  
antes de entregar el alma,  
en el patíbulo, a Dios.

Allí cada sombra adquiere  
más luto y más lobreguez  
que el.que en el cadalso muere,  
allí reza el *Miserere*  
por la postrema vez.

Allí causan a la par  
compasión, miedo y pavor  
frente a la cruz, el pesar,  
la horca frente al altar,  
frente a la horca, el horror.

No hay. martirio que. no estalle  
en sitio tan.funerario,  
ni alma que allí no batalle,  
pues tal capilla y tal calle  
conducen siempre al Calvario.

#### IV

Una. mañana, salieron  
Manresa y Ramírez.juntos;  
larga charla mantuvieron,

y entusiastas discutieron  
sobre diversos .asuntos.

Un argumento, el mejor,  
que a los dos les .preocupaba...  
y trataron con calor,  
era: ¿En qué estriba el valor?  
y cada cual meditaba.

¿En desdeñar el abismo  
que ante la muerte se ve?  
¿En luchar con fanatismo?  
¿En dominarse a sí mismo?  
¿En ser invencible? ¿En qué?

—En dominarse; ¿no es esa  
prueba de gran valentía,  
con la dignidad ilesa?  
—Tal es mi opinión, Manresa.  
—Ramírez, tal es la mía.

—Pero hay casos en los cuales  
tiembla el hombre sin querer,  
pues son sobrenaturales..  
—Yo todos los juzgo iguales,  
porque querer es poder.

—Te asiste razón y es cierto;  
¿mas si llegas a mirar  
en noche, en claustro desierto  
que se te aparece un muerto  
y que te pretende hablar?

—Conseja, fútil conseja,  
que el ánimo enfermo trunca  
de un imbécil o una vieja,  
pues el que la vanidad deja  
no vuelve a la vida nunca.

.— Los Santos Padres dijeron,  
acuérdate, en un concilio...  
—Los Santos Padres mintieron  
los pobres no conocieron  
ni a Tibulo, ni a Virgilio.

— ¿Pero tú no juzgas ciertos

sus relatos consagrados,  
que a firman los más expertos?  
— Decir que vuelven los muertos,  
no es cosa de hombres honrados.

—Siempre te encuentro de fiesta,  
no pierdes tu buen humor  
ni en una cuestión cual ésta,  
y quiero hacer una apuesta  
para probar tu valor.

— Lo que quieras, nada temo;  
por bravo no me reputo,  
pero soy digno en extremo;  
ni con los diablos me quemo  
ni con los muertos discuto.

Pues bien; te voy a decir,  
y no me hagas un reproche,  
pues lo puedes discutir:  
no eres capaz de venir  
al cadalso, a media noche.

—¿Pero qué, te has figurado  
que soy tan vil y cobarde?  
yo subiré a ese tablado,  
aun estando el cuerpo helado  
del que ahorcaràn por la tarde.

—Tan bravo no te creí.  
— Pues sábelo; así soy yo,  
y de tal suerte nací.  
— Pues yo te digo que no.  
—Y yo te digo que sí.

—Ya que junto a la horca estamos,  
en ella voy a poner  
este libro que llevamos,  
y cuando las doce oigamos  
lo vendrás a recoger.

—Ve a ponerlo, nadie tiene  
duda de mi altiva fe,  
pues sin mancha se sostiene  
que la media noche suene  
y a recogerlo vendré.

Y alegres los dos cruzaron  
las calles de la ciudad  
de otras cosas conversaron  
y así contentos llegaron  
hasta la Universidad.

V

Llegó la noche sombría;  
el espacio se enlutaba;  
el viento horrible gemía;  
la lluvia tenaz caía  
y el cielo relampagueaba.

Una promesa hecha entonces  
era un pacto temerario  
esculpido sobre bronce;  
oyeron ambos las once  
y se fueron al Calvario.

Moviendo iguales sus piernas  
cruzaron por la ciudad  
que en esas noches eternas  
sin lámparas ni linternas,  
mostraban su soledad.

Pronto en el Calvario dieron;  
de la capilla, al portal  
por instinto se acogieron;  
surgió un relámpago,  
y vieron el patíbulo infernal.

— Voy por el libro y me esperas;  
y así no me harás reproche.  
—Ve y vuelve cuando tú quieras.

.....

Y las campanas austeras  
sonaron la media noche.

El que se quedó, veía  
marchar con grave arrogancia  
al que al cadalso partía,

y apoco, tan solo oía  
su spasos en la distancia.

Luego un rumor sordo y hueco  
después un murmullo falso  
como el engaño del eco,  
y enseguida un golpe seco  
en las tablas del cadalso.

Con ansiedad sobrehumana  
el uno al otro esperó  
y fue su esperanza vana,  
pues despuntó la mañana  
y Manresa no volvió.

No volvió, porque tocaron  
sus manos, en el incierto sitio,  
el libro que buscaron,  
y sintió que lo tiraron  
de la capa y cayó muerto.

.....

VI

No bien huho amanecido,  
Ramírez sube anhelante  
al cadalso aborrecido,  
y halló en las tabas tendido  
el cuerpo del estudiante.

Lleno de horrible aflicción  
cuando a su mente se escapa  
de la muerte la razón  
encuentra sobre un tablón,  
prendida a un clavo, la capa.

Y a varios que lo seguían  
Ies dijo el motivo justo  
y todos se convencían;  
—Sintió que lo detenían.  
y es claro...¡murió del susto!

DEL ESCENARIO A LA CELDA  
(Leyendas de la calle de Las Damas, 1726)

# I

Hermosa como la estrella  
de la alborada de mayo  
fue en Méjico hará dos siglos  
doña Ana María de Castro.

Ninguna logró excederle  
en la elegancia y el garbo  
ni en los muchos atractivos  
de su afable y fino trato.

Sus maneras insinuantes,  
su genio jovial y franco,  
su lenguaje clara muestra  
de su instrucción y su rango:

su talle esbelto y flexible,  
sus ojos como dos astros  
y las riquísimas joyas,  
con que esmaltó sus encantos.

La hicieron en todo tiempo  
la más bella en el teatro,  
la mejor por sus hechizos,  
la primera en los aplausos.

Los atronadores vivos,  
los gritos del entusiasmo  
siempre oyó, noche por noche,  
al pisar el escenario.

En canciones, en comedias,  
en sacramentales autos,  
ninguna le excedió en gracia,  
ni le disputó los lauros.

Doña Ana entre bastidores  
era de orgullo tan alto,  
que a todos sus compañeros  
trató como a sus lacayos.

Las maliciosas hablillas,  
los terribles comentarios,  
los epigramas agudos

y los rumores más falsos,

siempre tuvieron origen  
según el vulgo, en su cuarto,  
centro fijo en cada noche  
de los jóvenes más guapos.

Allí en torno de una mesa  
se charlaba sin descanso,  
sin escrúpulos ni coto  
de lo bueno y de lo malo.

Si la gazmoña chicuela  
del marqués, ama a Fulano,  
y si éste le guiña el ojo  
escondido en algún palco;

Si la esposa de un marino  
mira con afán extraño  
al alabardero Azunza  
que de algún noble está al lado;

Si el Virrey fijó sus ojos  
con interés en el patio,  
como en busca de un amigo  
que subiera a acompañarlo,

sobre el último alboroto  
de tal calle y de tal barrio  
con alguaciles, corchetes  
mujerzuelas y soldados

La actriz, risueña y festiva  
oyendo tales relatos,  
a todos daba respuestas  
como experta en cada caso.

Algunos por conquistarse  
su pasión más que su agrado,  
sin lograr sus esperanzas  
grandes sumas se gastaron;

otros con menos fortuna  
sólo anhelaban su trato  
viviendo como satélites  
en derredor de aquel astro.

Ana, radiante de gloria,  
miraba con desenfado  
a los opulentos nobles  
que eclipsara con su encanto.

Y en la sociedad más alta  
censuraban su descaro  
creyéndola una perdida,  
foco de vicios y escándalos.

Mas no hay crónica que ponga  
tan duros juicios en claro,  
ni nos diga que a ninguno  
se rindió por los regalos.

Ella protegió conquistas  
de sus amigos más francos,  
y quizá empujó al abismo  
a los galanes incautos.

Astuta e inteligente  
guardó en su amor tal recato  
que tan valioso secreto  
no han descubierto los años.

Se habla de un Virrey  
que estuvo de doña Ana enamorado,  
mas la historia no lo afirma  
ni puedo yo asegurarlo.

Mujer hermosa y ardiente,  
de genio y en el teatro,  
por la calumnia y la envidia  
tuvo medidos sus pasos.

## II

Por sabias disposiciones  
dictadas con gran acierto  
las actrices habitaban  
muy cerca del coliseo.

Este se alzó por entonces  
entre el callejón estrecho

que del Espiritu Santo  
llamanos en nuestro tiempo,

y la calle de la Acequia,  
en los solares extensos  
que hoy las gentes denominan  
calle del Coliseo Viejo.

Y cerca, en vecina calle,  
que por tener un colegio  
destinado a las doncellas  
“de las niñas” llama el pueblo,

las artistas del teatro  
buscaron sus aposentos,  
y de las Damas llamóse  
a tal motivo aludiendo.

Una noche gran tumulto  
turbó del barrio el sosiego,  
a los más graves vecinos  
levantando de sus lechos;

los jóvenes elegantes  
formando corrillo inmenso,  
seguidos de gente alegre  
y poco amiga del sueño,

a la puerta de una casa  
su carrera detuvieron  
acompañando sus trovas  
con sonoros instrumentos

—”Serenata a la de Castro”,  
dijo al mirarlos un viejo.  
—¿Y por qué así la celebran?  
preguntó un mozo indiscreto.

—¡Cómo por qué! dijo alguno;  
el Virrey loco se ha vuelto  
y prendado de la dama  
ordena tales festejos.

—¿El Virrey?—Así lo dicen.  
—¡El Virrey! —Ni más ni menos;  
y allí cantan edecanes,

corchetes y alabarderos.

—¿Será posible ?

—Miradlos...

—¡Qué locuras!

—Y ¡qué tiempos!

—Los oidores están sordos.

—Al menos están durmiendo.

—¡Turbar en tan altas horas  
la soledad y el silencio!

¡Y alarmar a los que viven  
con recato en los conventos!

—¡Y por una mujerzuela!

—¡Una farsanta que ha puesto,  
como a Job, a tantos ricos  
que están limosna pidiendo!

—¿Y la Inquisición?—Se calla.

—¿Y la mitra?—¿Y el Gobierno?

—Doña Ana domina a todos  
con su horrible desenfreno.

—¿Y es hermosa ?— Cual ninguna.

—¿Joven?—¡Y de gran talento!

—Y con dos ojos que vierten  
las llamas del mismo infierno.

—Con razón con sus hechizos  
vuelve locos a los viejos.

—El Virrey no es un anciano.

—Ni tampoco un arrapiezo.

—Pero escuchad lo que dicen  
cantando esos bullangueros.

—Es el descarado más grande  
tal cosa decir en verso.

Y al compás de la guitarra  
vibraba claro el acento  
de un doncel que así decía  
en obscura capa envuelto:

—”¡Sal a tu balcón, señora,  
que por mirarte me muero,  
piensa en que por ver tus gracias  
el trono y la corte dejo”.

— Más claro no canta un gallo.  
— Y todos lo estáis oyendo.  
El Virrey deja su trono  
por buscar a la... ¡Silencio!

— ¡Cómo está la Nueva España!  
— ¡Pobre colonia! — Me atrevo  
a decir que no se ha visto  
cosa igual en todo el reino.

Y los del corro cantaban,  
y al fin todos aplaudieron  
al mirar que la de Castro  
a su balcón salió luego.

— “¡Vivan la luz y la gracia,  
la sandunga y el salero!  
— Ya asomó el sol en oriente.  
— ¡Ya el alba tiñó los cielos!”

Y doña Ana agradecida  
buscando a todos un premio,  
llevó la mano a los labios  
y al grupo le arrojó un beso.

Creció el escándalo entonces  
rayó en locura el contento  
y volaron por los aires  
las capas y los sombreros,

Cerró su balcón la dama,  
apagáronse los ecos,  
dispersáronse las gentes  
y todo quedó en silencio

### III

Con grande asombro se supo,  
trascorridas dos semanas  
desde aquella escandalosa  
aunque alegre serenata,

que las glorias de la escena,  
los laureles de la fama,

el brillo y los oropeles  
de la carrera dramática,

por inexplicable cambio,  
por repentina mudanza,  
sin reserva y sin esfuerzo  
todo dejaba doña Ana.

Y alguno de los que saben  
cuanto en los hogares pasa  
y que exploran con cautela  
los secretos de las almas,

dijo a todos los amigos  
de artista tan celebrada  
que un sermón del Viernes Santo  
era de todo la causa.

El padre Matías Conchoso,  
cuya elocuente palabra  
los más duros corazones  
convirtiera en cera blanda,

al ver entre su auditorio  
a tan arrogante dama  
atrayéndose en el templo  
de los hombres las miradas,

habló de lo falso y breves  
que son las glorias mundanas;  
de los mortales pecados  
de los que viven en farsas;

de los escándalos graves  
que a la sociedad alarma  
cuando una actriz sin recato  
incautos pechos inflama;

y con tan vivos colores  
pintó la muerte y sus ansias  
y al infierno perdurable  
que al pecador se prepara;

que la de Castro, temblando,  
cayó al punto desmayada  
con el hechicero rostro

bañado en ardientes lágrimas.

Sacáronla de aquel templo,  
condujéronla a su casa,  
y temiendo que muriera  
fueron a sacramentarla.

Cuando cesaron sus males,  
y estuvo en su juicio y sana,  
en señal de penitencia  
resolvió dejar las tablas;

y vendió trajes y joyas;  
y las sumas que dejaran  
se las entregó a la Iglesia  
de su nuevo voto en aras.

Entró después de novicia  
y su conducta sin mancha  
y su piedad y su empeño  
por vivir estando en gracia,

abreviaron sus afanes,  
la dieron consuelo y calma  
y tomó el hábito y nunca  
el mundo volvió a mirarla.

Fueron tales sus virtudes  
y sus hechos de enclaustrada,  
que cuentan los que lo saben  
que murió en olor de santa.

Por muchos años miróse  
la celda pequeña y blanca  
que ocupó en Regina Coeli  
la memorable doña Ana.

Y aun se conservan los muros  
de la antigua estrecha casa  
en que vivió aquella artista  
en la “Calle de las Damas”.

Pasó, dejando animosa  
riqueza, aplausos y fama,  
del escenario a la celda  
¡por la salvación del alma!

## LA FUNDACION DE “LA CUNA”

### I

¡Oh madres, las que sois buenas  
y para los hijos, angeles;  
todos vuestros sacrificios  
los guarda este nombre “madres”!

Como vosotras ninguna  
es de Dios mejor imagen,  
que mientras vivís vosotras  
Dios no falta en los hogares.

Encomiar vuestras virtudes  
cumple a bardos inmortales,  
que no hay pincel que las pinte  
ni lienzo que las retrate.

¡Oh madres, todas ternura,  
las santas, las intachables,  
las que endulzáis con plegarias  
la hiel de vuestros pesares!

Apartad de aquestos versos  
los ojos que llorar saben,  
para que no os entristezcan,  
ni os repugnen, ni os amarguen.

La mujer que cifra todo  
cuanto tiene y cuanto vale  
en ser amparo del hijo  
que de sus entrañas nace,

merece las bendiciones  
de los buenos, de los grandes,  
pues que de austeras virtudes  
es venero inagotable.

Esa no mide martirios,  
y como estrella radiante  
en las noches de la vida,  
en el mar de las edades,

surge apacible y hermosa,  
sin que haya nada ni nadie  
que en amor, en fortaleza  
y en abnegación le iguale.

¡Oh madres que tanto admiran,  
y que son de Dios imagen,  
no fijéis los dulces ojos  
en mis amargos cantares!

Hablo de mujeres torpes  
que a los tigres y chacales  
dan espanto y avergüenzan  
con sus horribles maldades.

Las que abandonan al hijo  
o le obligan a que baje  
los ojos, cuando le dicen:  
“¡Te ha dado el ser una infame!”

Mengua de la estirpe humana,  
tras del lujoso ropaje  
llevan el remordimiento  
como eterno y negro cáncer.

No tendrán horas tranquilas,  
sus horas serán pesares,  
y morirá sobre un lecho  
del hospital o la cárcel.

No extrañéis que quien las mire  
con indignación exclame:  
“¡Ay, no todas las mujeres  
que tienen hijos, son madres!”

## II

Era..., pero callo el nombre  
porque mi pluma se mancha,  
una interesante moza  
de familia noble y alta.

Los ojos grandes y hermosos,  
los labios de viva grana,

el cuerpo airoso y flexible  
como junco o como palma.

La tez de rosa y de nieve,  
menudos dientes de nácar;  
pies diminutos y bellos,  
manos de armiño en lo blancas.

Cabellera negra espesa,  
sedosa y ensortijada,  
que suelta semeja un manto  
sobre la mórbida espalda.

Sonrisa de cielo abierto,  
fácil y dulce palabra,  
y oculto entre tanto hechizo  
un abismo negro el alma.

No faltaron entre muchos  
jóvenes de nombre y fama,  
esclavos de su hermosura  
y cautivos de sus gracias,

quienes su mano pidieron,  
con la ambición noble y santa  
de unirse en estrechos lazos  
con beldad tan celebrada.

Mas ella nególe a todos  
tan amorosa demanda,  
diciendo que aun no sentía  
del amor la intensa llama.

Era entonces don Francisco  
Antonio de Lorenzana,  
arzobispo en la opulenta  
capital de Nueva España.

Fueron tantos los favores  
que impartió a las clases bajas,  
y en su augusto ministerio  
fueron sus virtudes tantas,

que como a un ser de otros mundos  
las gentes lo contemplaban,  
cayendo al verlo gustosas

de rodillas a sus plantas.

En cierta ocasión la moza  
que a tanto doncel negara  
su corazón y su mano  
por no estar enamorada,

amó con locura ciega  
y con pasión insensata  
a un joven, hijo del pueblo,  
que entró a servir a su casa.

Aquella pasión impura  
atizó sus rojas ascuas  
y fructificó en la sombra  
pavorizando a la dama.

—”Antes que escàndalos— dijo—  
que me deshonoran y manchan,  
buscaré por cualquier medio  
salvación segura y rápida”.

Era por mil setecientos  
sesenta y seis; aún no estaba  
poblado el barrio que hoy día  
de “Los Angeles” se llama,

y mediando el mes de agosto  
fue a tal barrio disfrazada  
con un rebocillo humilde  
y unas sencillas enaguas,

la joven que a cien donceles  
rechazó altiva e ingrata  
y allí, en apartado sitio,  
al borde de impura zanja,

dejó en horrible abandono,  
sin darle ni una mirada,  
sentenciado a pronta muerte,  
el fruto de sus entrañas.

Y entre la sombra, sin nadie  
que sus pasos vigilara,  
volvió a reposar tranquila  
y sin temor a su casa.

Cuando apareció en oriente  
el albor de la mañana,  
y saludaron su arribo  
los pájaros en las ramas,

un lacayo con librea  
amaniñada y encarnada,  
se puso de pie en la puerta  
de la alcoba de la dama,

por si acaso le pedía  
el espumoso Caracas,  
ir a llevárselo al punto  
en mancerina de plata.

Entre tanto, el bondadoso  
arzobispo Lorenzana,  
que muy temprano en su coche  
iba a calles apartadas

en busca de pobres gentes  
para consolar desgracias,  
en Los Ángeles hallóse  
con este cuadro que espanta:

Sobre un montón de basura,  
a los bordes de una zanja,  
disputan hambrientos canes  
una presa ensangrentada.

Oye un grito el arzobispo,  
del coche veloz y se baja,  
y se encuentra con asombro  
con una criatura humana.

¡Un niño recién nacido  
llora con voz apagada,  
lleno de sangre, de cieno,  
de miseria y de desgracia!

Conmovido aquel apóstol  
de caridad, lo levanta  
y lo envuelve con sus ropas,  
sin reparar si las mancha.

Y entrando de nuevo al coche,  
ya con tan preciosa carga,  
no lo mira, porque nublan  
sus claros ojos las lágrimas.

La criatura ya agoniza  
por tanto que se desangran  
las heridas que le abrieran  
los canes que lo cercaban.

Detiene el carruaje entonces  
el prelado, en una casa,  
y para salvar al niño  
prontos auxilios demanda.

Dios lo protege en la empresa;  
y después de obra tan santa,  
funda en aquel mismo día  
la “Inclusa”, que a tantos salva.

Era el obispo hombre activo,  
y ni un instante descansa  
hasta mirar concluida  
la nueva mansión sagrada.

Evita así nuevos crímenes;  
sin medir las cifras gasta,  
y consiente que su nombre,  
que nunca ha tenido mancha,

lo lleven los pobres niños  
que las madres sin entrañas  
abandonan a la muerte,  
al deshonor y a la infamia.

Ha corrido más de un siglo  
desde aquella escena extraña,  
y hay mil seres que bendicen  
al cardenal Lorenzana.

Él abrió un puerto seguro  
en el mar de la desgracia,  
a cuantos niños el crimen  
sigue empujando a sus playas.

Tienen por nombre su nombre,

tienen por casa su casa,  
por blasones sus virtudes,  
por lección sus enseñanzas.

Una noche oscura y fría,  
yo, con mis penas amargas,  
pasé frente al santo asilo  
que “La Cuna” todos llaman,

y escuché a un hijo del pueblo  
cantar con estas palabras  
que cual hierro derretido  
me cayeron en el alma:

“De las madres al cariño  
no iguala cosa ninguna;  
y esto me lo dijo un niño  
de la “Casa de la Cuna”.

## LA CALLE DEL ESCLAVO

De los nobles y esforzados  
héroes que patria nos dieron,  
uno descuella entre todos  
por su grandeza y su genio.

Pretender en tosca rima  
enarrar sus altos hechos  
es cual contar con la mano  
los astros que tiene el cielo.

Hay héroes, esclarecidos,  
orgullo de nuestro tiempo,  
cuyas hazañas merecen tener  
por autor a Homero.

Con júbilo y con orgullo  
en mal pergeñados versos  
voy, la verdad respetando,  
a referir un suceso.

No lo refieren los libros,  
ni se enseña en los colegios

que siempre envolvió el ovido  
los más culminantes hechos.

Mas juro a fuer de hombre honrado  
y de bardo caballero,  
que es la verdad lo que digo  
para enseñanza del pueblo.

Testigos de lo que narro  
antaño me lo dijeron;  
yo recogí sus palabras  
y rompo al fin el secreto.

Era yo un adolescente,  
un alegre rapazuelo,  
perezoso en los estudios  
y decididor y travieso.

Cada tarde, al dar las cinco,  
al regresar del colegio,  
después de ver a mi padre  
y dar en su frente un beso,

íbame a charlar tranquilo,  
ansioso de oír sus. cuentos  
con un honrado asistente,  
con un inválido viejo,

que mi padre conservaba  
a su lado con empeño,  
por sus antiguos servicios  
en casa de mis abuelos.

Paréceme que lo miro  
hoy que evoco sus recuerdos,  
cabellera hirsuta y blanca,  
bigote cano y espeso;

ojos pardos y expresivos  
ronca voz de tosco acento  
y gloriosas cicatrices  
repartidas en su cuerpo.

La herida de la cabeza  
en Veracruz.se la hicieron  
la vez.en que los franceses

asaltaron aquel puerto.

La pierna que le faltaba,  
y que nunca echó de menos,  
a las tropas de Calleja  
se las dejó en un encuentro.

Sirvió con el cura Hidalgo,  
en Cuautla sirvió a Morelos  
y se incorporó más tarde  
a las fuerzas de Guerrero.

Pero su mayor ventura,  
el orgullo de aquel viejo,  
lo que en lágrimas mojaba  
su cutis rugoso y seco,

era haber formado parte  
del grande y vistoso ejército  
que en el año vientiuno  
entró victorioso a Méjico.

— “Si hubieras visto — decía —  
el regocijo del pueblo  
al mirar nuestra bandera  
ya libre y flotando al viento;

“si hubieras visto aquel gozo,  
aquel gusto, aquel anhelo  
de hacer dichosa a la patria,  
yo explicártelo no puedo”...

Y cubriendo con las manos  
aquel rostro amarillento  
dejaba rodar sus lágrimas  
al calor de sus recuerdos.

¡Ah! ¡Cuántas cosas sabía  
el asistente Robledo!  
¡Era una crónica andando;  
un archivo en carne y hueso!

Hoy, que han corrido los años  
y que el soldado está muerto,  
vengo a evocar su memoria,  
para escribir estos versos.

## II

Una tarde de noviembre,  
estando nublado el cielo,  
y mi espíritu de niño  
nublado también y enfermo,

llegué y le dije al soldado:  
“Dime algo terrible y nuevo  
de jefes y camaradas,  
que tuviste en otros tiempos”.

Y atusándose el bigote,  
blanco y lacio como el heno,  
encendiendo su tabaco  
y evocando sus recuerdos,

agregó: “Voy a contarte  
sin desfiguros un hecho,  
que da a conocer a fondo  
cual si lo estuvieras viendo,

el carácter de un gran hombre,  
del gran don José Morelos,  
quien Dios tenga en su gloria,  
por ser la gloria de Méjico”.

Cerró en seguida los ojos,  
como para ver más lejos  
y dijo lo que repito,  
sin enmiendas ni renuevos:

—”Estábamos acampados  
en una tierra de fuego,  
en el sur, bajo la sombra  
de mangles y cocoteros;

mirando a largas distancias  
a modo de troncos secos  
dormitar a los caimanes  
a orillas de los esteros.

Entre las ramas, los huacos  
cantaban allá a lo lejos,

y a nuestros pies las iguanas  
caminaban en silencio.

Junto a palma gigantesca,  
en tosco sillón de cuero,  
conversando con algunos  
estaba el señor Morelos.

De repente Galeana,  
que fue su brazo derecho,  
y a quien siempre que lo nombro  
parece que lo estoy viendo,

acercóse a presentarle  
diez o doce prisioneros,  
entre los cuales venía  
un hombre de color negro.

Morelos al recibirlos  
les dijo con dulce acento:  
“¿Por qué nos hacéis la guerra  
si vuestra dicha queremos?”

“Por la libertad luchamos,  
y si habéis nacido en Méjico,  
¿por qué no queréis ver libre  
e independiente este suelo?”

Y en seguida, contemplando  
al hombre de cutis de ébano,  
agregó, compadecido  
de su suerte y de sus yerros,

”¿No sabes que ya abolimos,  
por un solemne detreto,  
la esclavitud de tu raza  
que sufre tantos tormentos?”

“¿No sabes que entre nosotros  
no hay señores ni pecheros,  
que son libres los esclavos  
y como hermanos los vemos?”

Y el negro, cuyas miradas  
lanzaban rayos de fuego,  
al punto respondió airado

con rudo y brutal acento:

— “Yo la libertad maldigo,  
pues a gran orgullo tengo  
vivir y morir esclavo  
de mi noble y rico dueño”.

Adelantóse al oírlo,  
con rabia el señor Morelos,  
y luego lanzó estas frases  
que jamás olvidar puedo:

— “Quien la libertad maldice  
y lame sus duros hierros  
es indigno de la vida  
y es perjudicial al pueblo.

“Y como no tiene patria,  
ni ha de bendecirlo el cielo,  
debe morir como muere  
el ser más bajo y abyecto”.

Y le disparó al instante  
un arcabuz en el pecho,  
con tal rabia y con tal tino  
que al punto lo dejó muerto.

Todos los que presenciamos  
aquel terrible suceso  
nos quedamos sorprendidos  
con tan saludable ejemplo.

### III

Pasados algunos años,  
los que volvimos a Méjico  
encontramos que a la calle  
donde viviera aquel negro

le llamaban “del Esclavo”,  
(guarda el nombre en nuestro tiempo)  
no sé si para memoria  
de aquel acontecimiento.

Y exhalando hondo suspiro

el asistente Robledo,  
mirándome con fijeza,  
agregó con triste acento:

— ”¡Cómo han cambiado las cosas!  
¡Cómo han cambiado los tiempos!  
¡Cómo es grande y admirable  
y heroico el señor Morelos!

Su carácter, su bravura,  
su intrepidez y su genio,  
daban siempre a sus soldados  
inolvidables ejemplos.

¡Con razón me falta fuerza!  
Ya con jefes como aquellos,  
sólo pasaré revista  
de presente allá en el cielo”.

#### LA CALLE DE LA ESCONDIDA (Relato histórico)

Ni en el amor, ni en la gloria,  
ni en la dicha, ni en la fama,  
creyó nunca el desalmado  
Ramiro Béjar de Abarca.

Hijo de padres muy nobles  
y de riquezas muy vastas,  
educóse cual se educan  
los hijos de los monarcas.

Siempre cruzando los mares  
para ver tierras extrañas,  
siempre en tratos con guerreros  
heroicos en cien campañas,

siempre entre sabios de toga  
y eminencias de sotana  
oyendo elogiar ya un libro,  
ya un bajel, ya una coraza.

Creció Ramiro cual crecen  
los robles en la montana,

desdeñando tempestades  
y combatiendo borrascas.

Fue la mar su solo espejo,  
la lealtad su mejor arma,  
el estudio su ejercicio  
y el peligro su enseñanza.

¡Cuántas veces le miraron  
en noche negra y helada,  
por salvar a un marinero,  
audaz arrojarle al agua!

¡Cuántas veces combatiendo  
con algún barco pirata,  
él inició el abordaje  
ardiendo en valor y en rabia!

La juventud en sus venas  
vertió torrentes de lava,  
y el amor abrió en su pecho  
hoguera de intensas llamas.

Nunca soñó esas dulzuras  
indefinibles y vagas  
que son en Pablo y Virginia  
limpios celajes del alba;

su amor no le arrancó gritos,  
como al Dante le arrancara,  
ni le inspiró las ternezas  
que inmortalizó Petrarca.

¡Nunca tuvo ese horizonte  
tan azul de la esperanza,  
en que traidora nos finge  
la ilusión, voluble maga

un hogar dulce y tranquilo,  
y en ella mujer soñada,  
una ventura sin tregua,  
una pasión tierna y santa,  
y por el beso fundidas  
en una sola, dos almas!

¡Espejismos del desierto

que la realidad apaga!  
¡Mentiras de las más bellas!  
¡Nubes que fugaces pasan!  
¡Arreboles que decoran  
nuestras primeras mañanas!

Jamás al bravo Ramiro  
le perturbaron la calma,  
pues amó como las fieras,  
a cielo abierto y sin trabas,

rindiendo culto a la forma,  
la juventud y la gracia,  
buscó en su jardín las frutas  
para el placer sazonadas,

y con oro, con talento,  
con arrojo y con audacia,  
fueron tantos sus placeres,  
sus conquistas fueron tantas,

que igualando al niño ciego,  
que tantas desdichas causa,  
empapó con sangre todas  
las saetas de su aljaba.

Así gastó el sentimiento,  
y la bondad y la calma,  
y encenegado en los vicios,  
palpó la miseria humana.

Ya sin salud ni fortuna,  
pues sin orden nada basta,  
en pos de un cambio de suerte  
se vino a la Nueva España.

Era Virrey en tal tiempo  
don Miguel Grúa Talamanca,  
el marqués de Branciforte  
que a su Rey tanto adulara.

Como Ramiro le trajo  
conocimientos y cartas,  
con encargos y consejos  
de gentes de gran prosapia,

para que aquí con su influjo  
hiciera a Béjar de Abarca  
poseedor de gran fortuna  
por ser de opulenta casa.

Branciforte sin recelo  
en su Corte le dio entrada,  
lo distinguió en todas partes,  
le dio cargos de importancia,

y cual si fuera hijo suyo  
presentóse en una casa  
pidiendo para Ramiro  
la mano de una gran dama.

Como el Virrey era imagen  
y brazo del rey de España,  
los padres no le negaron  
al Marqués lo que anhelaba,

y en breve plazo arreglóse  
la boda, sin que faltara  
señalar el dote, a tiempo,  
cual era de buena usanza.

No hay plazo que no se cumpla,  
violentas las horas pasan  
y llega por fin la fecha  
para las nupcias marcada.

A la mansión de la novia  
llega el Virrey con Abarca;  
un numeroso cortejo  
de nobles les acompaña,  
y les sigue a los altares  
donde el Arzobispo aguarda.

Celébrase el matrimonio,  
pero a todos les extraña  
que la hechicera doncella,  
sol de virtud y de gracia,

no ha levantado los ojos  
para darle una mirada  
a Ramiro, y solamente  
vierten abundantes lágrimas.

Triste como una azucena,  
que alumbra una luna pálida,  
a cuanto le preguntaron respondió con voz tan baja,  
que más que frases, gemidos  
fueron sus tenues palabras.

Más lívida que un cadáver  
y muda como una estatua,  
recibió las bendiciones  
que su enlace consagraban,

y cuando salió del templo  
infundió a todos tal lástima  
que el mismo Virrey quedóse  
muy consternado al mirarla.

Para celebrar las nupcias,  
los padres de aquella dama  
convidaron a su mesa  
lo mejor de Nueva España.

Eran de verse los blancos  
manteles, do se ostentaban  
las armas de la familia  
con grande primor bordadas.

Azafates de Bohemia,  
rica vajilla de plata  
y vinos de los mejores  
que para el Virrey mandaran.

Llega el anhelado instante  
de sentarse en dulce plática  
a la mesa; asisten todos  
y en pie se quedan, pues falta

la esposa de don Ramiro  
que en verdad mucho se tarda.  
Salen con gran sobresalto  
sus íntimos a llamarla;  
por todas partes la buscan,  
pero en ninguna la hallan,  
y por patios y escaleras,  
y por alcobas y salas,

con gran angustia la gritan,  
a grandes voces la llaman,  
y es todo en vano, pues nadie  
logra verla ni encontrarla.

Profundo desasosiego  
contrista a todos y amarga,  
y Ramiro dando gritos  
llama a su esposa con rabia.

Todo es inútil, parece  
que se ha fugado la dama,  
y todo es zozobra y penas,  
y lentas las horas pasan.

Como es natural, ninguno  
queda a comer en la casa  
y a poco se ve desierta  
y triste y abandonada

la mesa con los manteles  
que ostentan armas bordadas.  
y azafates de Bohemia  
y ricos vasos de plata.

Todo es luto y amargura;  
Ramiro blasfema y anda  
un extremo al otro extremo  
de la silenciosa sala  
como un tigre que da vueltas  
desesperado en la jaula.

Pasados algunos días  
se supo al fin que la dama,  
no sintiendo amor ninguno  
por el hombre a quien la daban,  
se ocultó con gran cautela  
en una inmensa tinaja,  
a donde sólo en las noches  
iba una sirvienta anciana  
para darle sin ser vista  
por alimento: pan y agua.

—No puedo — dijo a sus padres—  
dar el cuerpo sin el alma,  
y no seré de Ramiro,

pues mi pecho no le ama.  
Regaladle mi fortuna,  
mi palacio, mis alhajas,  
¿mas yo ser suya? Bien puede  
matarme sin lograr nada.  
—Mira que ofendes al cielo.  
—No le ofende quien no engaña.  
—Has jurado ser su esposa.  
—Porque así me lo mandaban;  
pero juré no ser suya  
ante Dios, en voz muy baja.  
—Ya todo es inútil.—Menos  
mi firmeza de palabra;  
que disponga de mis bienes,  
de mis joyas, de mi casa,  
pero de mí, no he de darle  
ni siquiera una mirada.

Y cuentan que cuantas veces  
a su esposa buscó Abarca,  
despareció de su vista,  
lo mismo que una fantasma.

Habiéndosele ocultado  
durante muchas semanas,  
herido en su inmenso orgullo,  
volvió don Ramiro a España,

y la Reina, al recibirlo,  
como su pena ignoraba,  
le interrogó sin dobleces:

—¿Tu consorte dónde se halla?  
Contóle Ramiro el caso,  
y agregó que se negaba  
a seguirlo, porque nunca  
llegó a verlo cara a cara.

—Pues bien — agregó la Reina—  
como la nombré mi dama,  
por partida de registro,  
haré yo que me la traigan.

Y cumplió como lo dijo;  
llevaron ante sus plantas  
a la dama misteriosa,

que así le habló al contemplarla:

—Reina y señora: mis penas  
Dios las comprende y las calma;  
podéis vos quitar la vida  
a vuestra obediente esclava,

pero no le exijáis nunca  
que obedezca a quien no ama,  
porque no ha de darle nunca  
ni la materia ni el alma.

Y al decir con honda pena  
estas sencillas palabras,  
fueron tales sus angustias  
y tal corrieron sus lágrimas,

que conmovida y llorosa,  
le dijo la Reina: — ¡Basta!  
Vivirás en esta Corte,  
cual viviste en Nueva España;

allí estabas escondida,  
aquí, no, porque te ampara  
quien compadece tus penas,  
¡tu Reina!—¡Señora, gracias!

Trascurrieron varios meses,  
y en Palacio una mañana,  
se supo que don Ramiro,  
que fue en comisión a Málaga,  
presa de violento ataque  
entrególe a Dios el alma.

Y antes de cumplirse un año  
de esa muerte inesperada  
celebráronse con pompa  
las nupcias de aquella dama,  
con uno de los donceles  
de la nobleza más alta  
de los que tuvo la Reina  
entre su escolta de guardias.

Afirman los que lo vieron,  
y con sencillez lo narran,  
que era un astro de ventura

la faz de la desposada;

y que la feliz pareja  
vino luego a Nueva España,  
donde formó una familia  
llena de prendas tan santas,

de virtudes tan austeras  
y de caridad tan vasta,  
que hasta el presente la estiman  
y en todas partes la ensalzan.

Dicen algunos cronistas  
que por no mirar a Abarca  
la doncella fue a esconderse  
en una modesta casa  
de antiguos sirvientes suyos  
que de corazón la amaban.

Y después de muchos años  
las gentes que todo aclaran,  
conocieron esta historia,  
y acaso por perpetuarla,

a la calle en que aun se mira  
la humilde y estrecha estancia  
donde la joven estuvo  
oculta algunas semanas,

la calle de “La Escondida”  
propios y extraños le llaman.

## EL INDIO TRISTE (Leyenda mexicana)

Es media noche; la luna  
irradia en el firmamento;  
y riza al pasar el viento  
las ondas de la laguna.

En el bosque secular,  
y entre el tupido ramaje,  
turba el pájaro salvaje  
la quietud con su cantar.

Y entre los contornos vagos  
del horizonte, a lo lejos  
brillan cual claros espejos,  
al pie del monte, los lagos.

Yace en paz, sola y rendida  
de Tenoch la ciudad bella,  
parece que impera en ella  
la muerte más que la vida.

Y no es ficción, es verdad;  
que fue tan triste su suerte  
que la orillan a la muerte  
el luto y la soledad.

Su esplendor está apagado  
de la guerra al terremoto;  
el gran *huebuetl* está roto  
y el *teponaxtle* callado.

No alumbra el *teocal*, la luz  
del copal de suave aroma,  
porque el *teocal* se desploma  
bajo el peso de la cruz.

No cubren mantos de pluma  
los cuerpos de altivos reyes;  
tiene otro Dios y otras leyes  
la tierra de Moctezuma.

Y ante este Dios y esta ley  
que transforman su recinto  
sólo al César Carlos Qiiinto  
reconoce como rey.

¡Cuántos heroicos afanes!  
¡Cuántos horribles estragos  
han visto bosques y lagos,  
ventisqueros y volcanes!

Está el palacio vacío  
sin pompas ni ricas galas;  
desiertas se ven sus salas  
su exterior mudo y sombrío.

Y zumba en su derredor  
del viento la aguda queja,  
como un suspiro que deja  
honda impresión de dolor.

Es el profundo lamento  
de una raza sin fortuna:  
¡la sangre que en la laguna  
flota y se queja en el viento!

Por eso duerme rendida  
de Tenoch la ciudad bella,  
como si imperase en ella  
la muerte más que la vida.

## II

Frente a la anchurosa plaza,  
cerca del *teocal* sagrado  
y del palacio olvidado  
que pronta ruina amenaza,

donde con riqueza suma  
viviera, en tiempo mejor,  
Axayacatl el señor  
y padre de Moctezuma,

en corta y estrecha calle  
desde la cual, el que pasa  
mira fabricar la casa  
del alto marqués del Valle.

Así en la noche sombría  
como en la tarde callada  
y al fulgor de la alborada  
con que nace el nuevo día,

en toscas piedras sentado  
y con harapos vestido,  
entre las manos hundido  
el semblante demacrado;

un hombre de aspecto rudo,  
imagen de desventura,  
siempre en la misma postura,

y como una estatua muda,

inclinada la cabeza,  
allí lo encuentra la gente,  
como la expresión viviente  
de la más honda tristeza.

¿En qué piensa? ¿Qué medita?  
¿Qué dolor su alma destroza  
que ni llora, ni solloza,  
ni se queja, ni se agita?

En su conjunto reviste  
tanta tristeza ignorada,  
que la gente acostumbrada  
clama al verlo: “¡el indio triste!”

Le conocen por tal nombre  
en el pueblo y la nobleza,  
y dicen: es la tristeza  
que tiene formas de hombre..

A nadie llegó a contar  
su tenaz dolor profundo;  
siempre triste lo vio el mundo  
en aquel mismo lugar;

tal vez fue algún descendiente  
de los nobles mejicanos,  
que al ver en extrañas manos  
y en poder de extraña gente

la nación que libre un día  
vivió con riqueza y calma  
sintió en el fondo del alma  
horrible melancolía.

Y sin ninguna amenaza,  
viendo a su nación cautiva,  
fue la expresión muda y viva  
de la aflicción de su raza.

Muchos años se le vio  
en igual sitio sentado,  
y allí pobre y resignado  
de su tristeza murió.

Su desconocida historia  
al vulgo pasma y arredra,  
y en tosca estatua de piedra  
honrar quiso su menroria.

La estatua al cabo cayó,  
que al tiempo nada resiste,  
y “Calle del Indio Triste”  
esa calle se llamó,

sin poder averiguar  
con ciencia ni sutileza  
la causa de la tristeza  
del indio de aquel lugar;

pero en nuestro hermoso valle,  
y en nuestra mejor ciudad,  
pasan de edad en edad  
ese nombre y esa calle.

#### *CALLE DE LA MACHINCUEPA*

Era doña Paz Quiroga  
dama de lujo y renombre,  
que vino a México el año  
de setecientos catorce.

Era de voluble genio;  
extremada en sus pasiones,  
y de un orgullo tan grande  
que daba espanto en la Corte.

Lo mismo por su hermosura,  
que por sus limpios blasones,  
siempre se creyó más alta  
que los ricos y los nobles.

Siempre vio con menosprecio  
a concejales y oidores  
y se juzgó un sol de gracia  
del Virrey en los salones.

Para hablarle era preciso

rogar a sus servidores,  
porque fue la más altiva  
de las altivas de entonces.

Las damas más opulentas  
nunca estuvieron conformes  
con hallar en todas partes  
cercada de adulaciones

a doña Paz, que tenía,  
tras de su carácter doble,  
un corazón que albergaba  
envidia, celo y rencores.

Mas ella nunca hizo caso  
de vanas murmuraciones  
y era poderoso influjo  
de jueces y sacerdotes.

En los más lujosos templos,  
y en las más grandes funciones  
deslumbraba con su brillo,  
su devoción y su porte.

Y en las fiestas y saraos  
era encanto de los hombres,  
que más que muchas virtudes  
buscaban muchos doblones.

Saludábanla en la calle  
los graves inquisidores,  
y agolpábanse a sus puertas  
cada sábado los pobres.

Y era sabido de todos  
que, por su orgullo y renombre,  
ninguna se le igualaba  
de Nueva España en la Corte.

## II

Don Mendo Quiroga y Suárez,  
marqués de Valle Salado,  
por aquellos mismos tiempos  
cumplió más de setenta años.

Agudas enfermedades  
sus miembros paralizaron,  
y padeciendo vivía  
quejumbroso y solitario.

Fue en su juventud marino  
y le dejó buenos cuartos  
la venta de carne humana  
con piratas y corsarios.

Héroe de cien aventuras  
los amores lo cansaron,  
y si tuvo descendientes  
jamás los llevó a su lado.

Se radicó en Nueva España  
cuando abandonó su barco  
y acrecentó su fortuna  
en mercantiles trabajos.

Hombre de palabra firme  
y de proceder honrado  
encontró por todas partes  
amigos que le ayudaron.

Y cuando ya establecido  
tuvo sociedad y rango  
y en asuntos de Gobierno  
llegó por rico a ser árbitro,

mandó para el rey de España  
tan opulentos regalos,  
que con títulos y honores  
su largueza le pagaron.

Dueño de inmensas salinas,  
esto sirvió al Soberano  
para otorgarle en justicia  
el título nohiliario.

Y fue marqués, y fue rico,  
y todos lo respetaron,  
y como en aquellos tiempos  
murió en España su hermano,

él recogió a su sobrina  
que a vivir vino a su lado  
y a la cual dio generoso  
el más espléndido trato;

pero doña Paz Quiroga,  
en vez de besar la mano  
que fue con ella tan pródiga  
y su orfandad puso en salvo,

siempre vio con duro ceño  
y con desdén al anciano  
y le trató, por enfermo,  
con repugnancia y con asco.

En muchas conversaciones  
llegó a decir sin reparo:  
“Ya no soporto la vida  
entre tizanas y bálsamos;

yo tengo mi cruz horrible  
en este viejo baldado  
a quien Dios debiera pronto  
a mundo mejor llevarlo”.

Y no faltó quien le fuera  
a decir esto al anciano,  
al que tan sólo asistían  
enfermeros mercenarios.

Cuando doña Paz llegaba  
a darle un saludo al paso,  
entraba cubierto el rostro  
con pañuelo perfumado

y sin atreverse nunca  
a dar al viejo la mano;  
que más negra que la noche,  
más que del infierno el antro,  
es la ingratitud que anida  
en el corazón humano.

### III

Después de hornibles martirios

al fin expiró don Mendo  
y le acompañó a la fosa  
innumerable cortejo.

Hizo tantas caridades  
que tuvo, a falta de deudos,  
mil pobres que le lloraron  
y su nombre bendijeron.

Era sabido de todos  
que su nombre y su dinero  
tocaban a una persona  
por la sangre y el derecho.

Iba doña Paz Quiroga  
dentro de muy breve tiempo  
a convertirse en marquesa  
con un capital inmenso.

Y aunque no mostró señales  
de justo y profundo duelo,  
sí dijo con gran descaro  
entre gentes de abolengo:

“Siempre me amó como padre,  
y como a padre lo heredo”.

Corrido el plazo forzoso  
se abrió al fin el testamento,  
y halláronse estas palabras  
que al pie de la letra inserto:

“A Paz, mi amada sobrina,  
todos mis bienes le dejo  
a condición de que pague  
la amargura que le debo  
haciendo lo que aquí mando  
tal y como yo lo ordeno;

pues si no me obedeciese  
se dará cuanto poseo  
a la orden de San Francisco,  
cuya devoción profeso,  
y a la orden de Mercedarios  
para bien de su convento.

Lo que mando a mi sobrina  
es que salga en coche abierto,  
atravesando las calles  
de San Francisco y Plateros,  
llegue al medio día a la Plaza,  
y allí, en el lugar del centro,

con un vestido de baile  
y su más rico aderezo,  
humillando la cabeza  
dé una vuelta sobre el suelo  
de las que aquí en Nueva España  
llama *Machincuepa* el pueblo,

y, repito, que al negarse  
al capricho que le ordeno,  
mercedarios y franciscos  
serán de mis bienes dueños  
si a contar desde mi muerte  
pasan seis meses lo menos”.

#### IV

Muchas lágrimas amargas,  
mucho dolor, mucho miedo,  
cláusula tan caprichosa  
a doña Paz produjeron...  
No se la vio en los salones,  
ni se la encontró en el templo,  
que enferma y avergonzada  
escondióse en su aposento.

Pero volaron los meses;  
y era ya público en Méjico  
lo que en pago a tanta injuria  
puso en condición don Merndo.

Mercedarios y franciscos  
el capital exigieron.

Doña Paz vio una fortuna  
de tres millones y medio  
que de sus manos podía  
escaparse en un momento.

Y cediendo a la codicia  
aceptó el fallo tremendo,  
y una mañana de junio  
fue a la Plaza en coche ahierito,

allí encontró un mar humano,  
que estaba henchida de pueblo  
y lívida como muerta  
bajó en un lugar del centro,

y sobre la rica alfombra,  
que los criados extendieron,  
inclinando la cabeza  
dio una vuelta sobre el suelo.

Crujió la rica peineta  
y el traje en el rudo vuelco  
todo el pudor de la dama  
dejó entre risas maltrecho.

¡Qué gritos y carcajadas,  
qué injurias y qué denuestos  
de un millón de ignotos labios  
brotaron al mismo tiempo!

Doña Paz quedó privada,  
y al llevarla a su aposento  
iban diciendo las gentes  
por las calles de Plateros:

“Para castigar orguilos  
aún vive Dios en los cielos.  
El ensalza a los humildes  
y El abate a los soberbios”.

Y cuentan, los que lo saben,  
que cerca de un año entero  
doña Paz estuvo loca  
con el espíritu enfermo.

Recogió al fin la fortuna,  
aunque maldijo a don Mendo.  
Y la calle en que vivía  
desde aquel remoto tiempo

“Calle de la “*Machincuepa*”

se nombra como recuerdo.

LA CALLE DE LAS MORAS  
(Las inteligentes y bellas niñas  
María y Cristina Frías y Soto)

I

Después de la media noche  
llega al portal de una casa  
un caballero embozado  
en negra y flotante capa.

Dibújanse entre los pliegues  
la luenga y oculta espada  
de bruñidos gavilanes  
y de reluciente taza.

Y adivínase al mirarlo  
llegar inquieto, con ansia,  
como un ente misterioso  
que de todos se recata,  
que algo muy grave y muy serio  
le está conturbando el alma.  
Abrenle pronto la puerta  
a la cual tres veces llama;  
sube la angosta escalera  
y llega al fin a una sala  
donde le espera impaciente  
y lo recibe su hermana.

—Me tienes con gran cuidado.  
—Tardé tres horas bien largas;  
pero ya pongo en tus brazos  
una linda flor humana.

—¿Quién te la entregó?  
—Su padre, don Suero Méndez y Garza,  
que me habló de tal secreto  
habrá unas cuantas semanas.

La madre de la chiquilla,  
ya sabes, fue una mulata  
a quien sorprendió la muerte

al dar vida a esta rapaza.

Como ya tiene don Suero  
la cabeza tonsurada,  
y aunque en órdenes menores  
nunca deja la sotana,

intenta ocultar al mundo  
que juzga una gran falta;  
y como además le estorban  
pañales y zarandajas,

nos endona para siempre,  
y con voluntad muy santa,  
a esta niña que has de verla  
cual hija de tus entrañas.

Y desenvolviendo al punto  
aquella preciosa carga  
ambos con sorpresa vieron  
los primores de su cara.

Ojos negros, andaluces,  
llenos de lumbre africana,  
obscura la cabellera,  
sedosa y ensortijada;  
el cutis como de armiño,  
los labios como de grana  
y un hechicero conjunto  
vivo espejo de las gracias.

—¡Encantadora es la niña!  
dijo después de mirarla  
la joven: ¿en ningún caso  
podrán nunca arrebatarla?  
—Imposible; aquí me traje  
lo que mi derecho ampara  
¡un documento secreto!

—¿Y eso nos sirve?—Nos basta.

—¿Sabe don Suero que somos  
de una religión contraria  
a la suya?—Ni lo sabe  
ni yo le diré palabra,  
que la indiscreción más mínima  
labrará nuestra desgracia.

—Bien; pero entonces ¿qué hacemos?

—¿Para qué?—Para enseñarla a amar a Dios cuando crezca.

—Lo que hicieron en Granada nuestros padres con nosotros ¡es la ley de nuestra raza!

—Nos acusan de moriscos.

—La confusión los engaña, que moriscos e israelitas iguales son en las llamas esta chica cual si fuera nuestra hija, la ley santa de Moisés seguirá siempre, pues deber nuestro es salvarla.

—Así lo entiendo y alabo, Samuel, tu intención honrada.

—Nunca sabrá tal secreto nadie, pero menos Yarza.

—¿La madre de esta chicuela nació?...—En Córdoba, en España.

—¿Y don Suero?—Según dicen don Suero nació en Vizcaya.

—¿Qué nombre tiene la niña?

—María, su padre la llama.

—Cambiáremosle de nombre

—¿Y la llamaremos?—¡Sara! que significa princesa, y porque además hermana, del padre Abrahán la esposa tan dulce nombre llevaba.

## II

Veinte abriles han pasado después de tan rara escena, y Sara está encantadora y deslumbra por lo bella.

Ama a Samuel como a un padre, y como una madre tierna, como a un Dios sobre este mundo ama a su hermanita Rebeca.

Educada en el retiro  
sin vanidades arteras,  
entre sus muchas virtudes  
sobresale la modestia.

Vive cual entre las hojas  
la pudorosa violeta,  
esquivando las mirada  
de los que al candor motejan.

Es gallarda como palma,.  
ágil, flexible y esbelta  
encendida como rosa  
y pura como azucena.

Ignora su triste historia,  
pues desde la noche aquella  
en que Samuel la llevara  
al hogar donde se encuentra,

nadie le ha dicho una frase  
que perturbe su inocencia,  
y en Samuel un padre mira  
a quien con amor venera.

Don Suero nada ha sabido  
de la preciosa doncella  
que en veinte abriles pasados,  
desde que a Samuel la diera,

ni preguntó por su suerte,  
si estaba sana o enferma,  
si era inteligente o torpe  
ni si estaba viva o muerta.

Don Suero, como un extraño,  
nunca preguntó por ella,  
y acaso no volvió nunca  
ni a recordarla siquiera.

Don Suero llegó a ser grande  
entre las gentes de iglesia  
y ocupó en el Santo Oficio  
un lugar de preeminencia.

Entre los inquisidores

era el de más altas prendas,  
y el Virrey y el Arzobispo  
sus grandes amigos eran.

Una mañana encontróse  
con una denuncia nueva,  
que ni la atención le turba  
ni le ocasiona extrañza.

“Una familia de herejes  
vive en Méjico y se entrega  
a las prácticas de un culto  
que el mismo infierno alimenta”.

En la denuncia se dice  
que un Samuel y una Rebeca,  
y una Sara, hija de ambos,  
según las gentes sospechan,  
ofenden a Jesucristo  
y con el diablo comercian.

Del aposento en que viven  
da el denunciante las señas,  
y al punto manda don Suero  
que a los herejes aprehendan.

A la mañana siguiente  
horrible fue su sorpresa  
cuando al llevarle a los reos  
frente a Samuel se encuentra.

Dejó que sus compañeros,  
ya sentados a la mesa,  
con el fúnebre aparato  
de un Santo Cristo y dos velas,

mil cautelosas preguntas  
al juzgarlos les hicieran;  
don Suero estaba callado,  
inmóvil como de piedra,

mirando con gran asombro  
a la preciosa doncella  
que deslumbraba por pura,  
por humilde y por discreta.

Cuando todos acabaron,  
dijo Suero: “Salid fuera  
y dejadme, quiero a solas  
indagar cosas muy serias  
con el pobre calumniado  
que es el padre de estas hembras”.

Y ya con Samuel a solas,  
le dijo: “Hablad con franqueza”;  
“¿Sabéis quién sois?—El negarlo  
indigna mentira fuera.

Sois Suero Méndez y Yarza,  
¿y yo?— Samuel Valdeñuelas.  
Esta encantadora joven...  
¿Lo ignoráis ? — Es hija vuestra!  
—No me digáis más; ¿quién hizo  
la denuncia?—Un tal Iriestra,  
que en vano persigue a Sara  
con intención nada honesta.  
—Bien está, guardad secreto  
de esta breve conferencia;  
os agradezco en el alma  
todo cuanto hacéis por ella.

Y llamando a los oidores,  
les dijo con voz resuelta  
—¡Ni estos pobres son herejes,  
ni la denuncia es sincera,

que venga aquí el denunciante  
que es un pájaro de cuenta  
y, por lo que ya sabremos,  
condenádmelo a la hoguera!

Y en libertad fueron puestos  
Sara, Samuel y Rebeca,  
marchando a la misma casa  
donde la hermosa doncella  
llego veinte abriles antes  
como misteriosa prenda  
que un caballero embozado  
en su capa trajo envuelta.

Y las crónicas antiguas,  
que el raro suceso cuentan,

dicen que estuvo la casa,  
lugar de tales escenas,  
en la “Calle de las Moras”,  
objeto de esta leyenda.

## LA CALLE DEL NIÑO PERDIDO

Al rayar de una mañana  
serena, apacible y pura,  
cuando el alba su hermosura  
envuelve en manto de grana,

cuando entre vivos fulgores  
y entre céfiros suaves,  
el espacio todo es aves  
y la tierra toda flores;

y tras el lejano monte  
de la noche como huella  
se ve la postrer estrella  
temblar en el horizonte;

y junto a la estrella está  
cual maga que la sostiene,  
celosa del sol que viene  
la luna que ya se va

y suena la algarabía  
en boscajes y colinas  
de mirlos y golondrinas,  
saludando al rey del día;

con una pompa real  
que noble gente corteja  
llegó una feliz pareja  
a la iglesia Catedral.

Era selecta la grey,  
pues ya la gente contaba  
que el Arzobispo oficiaba  
y era padrino el Virrey.

Entrando en el santuario

se fueron a arrodiliar  
en el más lujoso altar  
de cuantos tuvo el Sagrario.

Apuestos eran él y ella;  
de gran fortuna ella y él  
de treinta años el doncel  
y de veinte la doncella.

Los dos contentos y ufanos,  
llenos de fe y de ilusiones,  
ya unidos sus corazones  
iban a enlazar sus manos.

De nuevas dichas en pos  
se les vio salir unidos  
con sus amores ungidos  
por la bendición de Dios.

Y bien pronto en la ciudad  
se supo con alegría  
que el despuntar de aquel día  
fue todo felicidad.

Repitiendo en cada hogar  
que ya estaba desposada  
doña Blanca de Moncada  
con don Gastón de Alhamar.

## II

Para rencores y duelos  
de amor en el paraíso  
el infierno darnos quiso  
una serpiente: los celos.

No hay corazón más herido  
ni con más sed de venganza  
que el que pierde la esperanza  
de verse correspondido.

Y que mira por su mal,  
que mientras más sufre y llora,  
más se distingue y se adora  
a un poderoso rival.

No está, pues, mal expresado,  
por quien sintió tantos dolores,  
que ser rival en amores  
es odiar y ser odiado.

Mientras Blanca se enlazaba  
con Gastón a quien quería,  
bajo la nave sombría  
un hombre la contemplaba.

Era de semblante duro,  
de mirar torvo y dañino:  
Blanca lo halló en su camino  
cual se encuentra un aire impuro.

Le repugró su ardimiento  
y él la siguió apasionado  
cual si ella fuera el pecado  
y él fuese el remordimiento.

En alas de la pasión  
la importunaba y seguía,  
y ella callaba y sufría  
sin revelarlo a Gastón.

Y llegó a ser tan osado,  
que le dijo con maldad:  
“Por fuerza o por voluntad  
has de venir a mi lado”.

“Has burlado mi esperanza  
me niegas tu fe y tu mano;  
Blanca: soy napolitano,  
cuidate de mi venganza!”.

Blanca todo desdeñó,  
libre de duelo y pesares,  
pero llegó a los altares  
y al hombre aquel encontró.

Al bajar la escalinata  
vio de la nave a lo lejos,  
dos ojos cuyos reflejos  
le estaban diciendo: ¡ingrata!

Y brillaban por igual  
ese modo que sonroja,  
porque recuerdan la hoja  
de envenenado puñal.

Se sintió desfallecer  
tuvo miedo a oculto lazo,  
y dando a Gastón el brazo  
se irguió para no caer.

— ¿Qué tienes?—. dijo Gastón  
—¿Palideces, Blanca mía?  
— Palidezco de alegría,  
de contento, de emoción.

Y de la sombra al través  
el napolitano herido,  
clamó con sordo rugido:  
“¡Caerán los dos a mis pies!”.

Y con semejante infernal  
como el lobo tras la oveja,  
tras de la gentil pareja  
salió de la Catedral.

### III

¡Cuán dichioso es un hogar  
donde reina una fe pura  
y se cifra la ventura  
en ser amado y amar!

Hermoso y seguro puerto  
del mundo en las tempestades,  
fanal de eternas verdades  
de la vida en el desierto.

Gastón y Blanca, allí a solas,  
en santa pasión se abrasan  
y todas sus horas pasan  
serenas como las olas.

Forma en su rica mansión  
el lazo de su cariño,  
un ángel de paz, un niño,

viva imagen de Gastón.

Respira el aire salubre  
sin zozobra y sin fatigas  
que acaricia a las espigas  
en las mañanas de octubre.

Causa envidia al arrebol  
de su mejilla el carmín,  
y es cual la flor de un jardín  
abierto al beso del sol.

En su tez sin mancha alguna  
hay la limpidez de un astro,  
y parece de alabastro  
cuando reposa en la cuna.  
Blanca dobla las rodillas  
para dormido admirarlo.  
Gastón, por no despertarlo,  
se le acerca de puntillas.

Y apasionados él y ella  
lo ven con dulces sonrojos,  
cual ven unos mismos ojos  
la luz de una misma estrella.

Y la flor recién nacida  
talismán de dichas era,  
porque la ilusión primera  
¡le dio en un beso la vida!

Cuando soñaron los dos  
por primogénito un hombre,  
pensaron: tendrá por nombre  
“El regalado por Dios”.

Y cumplido el noble afán,  
igual en Blanca y Gastón,  
como Dios le dio un varón  
le dieron por nombre: Juan.

Y trajo rasgos tan bellos  
de gracia viril tesoro,  
y era tan brillante el oro  
de sus rizados cabellos,

que al llevarlo ante la Cruz  
a recibir el bautismo,  
que forma en el cristianismo  
Jordán de gracia y de luz,

soñándolo ya un artista  
o pensador de renombre,  
lo advocaron bajo el nombre  
de Juan el Evangelista.

Y así aquel niño sin par,  
flor de celestes pensiles,  
miró lucir tres abriles  
sin lágrimas en su hogar.

Siempre en la faz de Gastón  
hubo sonrisa al mirarlo;  
Blanca siempre al contemplarlo  
alzó al cielo una oración.

Y no puedo describir  
los sueños que ambos tenían,  
cuando al verlo discurrían  
en su incierto porvenir.

Y eran felices los dos,  
que al hogar que amor encierra  
un hijo trae a la tierra  
las bendiciones de Dios.

#### IV

La dicha de aquel hogar  
se vino a eclipsar al fin,  
y fue el rubio serafín  
motivo de tal pesar.

El Destino, injusto y ciego,  
que lo más sagrado arrasa,  
en cierta noche la casa  
envolvió ondas de fuego,

y entre el inmenso terror  
que el incendio produjera,  
Blanca, en la extendida hoguera,

busca el fruto de su amor.

Gastón, corriendo aturdido,  
al hijo tierno buscaba  
y como un loco gritaba:  
“¡Volvedme al Niño Perdido!”

Y las llamas ascendían  
terribles y destructoras,  
y raudas y abrasadoras  
cuanto hallaban, consumían.

Blanca y Gastón, como fieras  
que su cachorro les quitan,  
braman, se evuelven, gritan  
con voces tan lastimeras

que por. piedad o cariño,  
el peligro desdeñando,  
muchos los siguen llorando  
en busca del tierno niño,

Y Gastón; sin sombra alguna  
de temor; con ciego empuje,  
sobre una viga que cruje  
se adelanta hasta la cuna.

¡Aquí! con gran alegría  
está el niño, a todos dice,  
mas proto ve al infelice  
que está la cuna vacía.

Siente romperse los lazos  
que lo ligan a este mundo  
y con un dolor profundo  
alza la cuna en sus brazos.

Corre, y al punto que asoma  
con Blanca por la escalera;  
de un golpe la casa entera  
retronando se desploma..

No hay bálsamo que mitigue  
de Gastón la pena ardiente;  
corre, y lo sigue la gente,  
y Blanca, loca, lo sigue.

Cruzan por una calleja  
donde existe sobre el muro  
un viejo retablo obsouro  
que humilde altar asemeja.

Con amargura infinita  
Gastón se postra de hinojos  
y fija los tristes ojos  
en esa imagen bendita.

—“¡Oh, Madre de los Dolores!  
dice mirándola fijo,  
Devuélveme por tu Hijo  
al hijo de mis amores!”.

Y a la vez que en la sombría  
calleja, otra voz se alzaba.  
Era Blanca que gritaba:  
—”¡Dadme a mi hijo, Madre mía!”

Y cuando la gente ya  
rezando les acompaña,  
en lo alto una voz extraña  
a todos dice: — “¡Allí está!”

Reina un silencio profundo;  
los ánimos se han turbado,  
el eco que han escuchado  
les parece de otro mundo.

Vuelve los ojos Gastón  
sin proferir nueva queja,  
y al fondo de la calleja,  
mal oculto en un ancón,

halla al raptor inhumano  
que carga al niño en un hombro;  
Blanca lo ve y con asombro  
exclama: “¡El napolitano!”

Gastón le asalta derecho  
con ciega rabia infernal,  
y el raptor saca un puñal  
para clavarlo en su pecho.

Y audaz grita: —¡El que incendió  
tu casa para vengarse,  
podrá matar o matarse,  
mas dar a este niño, no!

—¡Infame! Gastón agrega  
y, erizado su cabello,  
salta, lo coge del cuello,  
y emprende así ruda brega.

—¡Madre! ¡Madre! El niño grita;  
su dulce voz Blanca escucha  
y sin miedo de la lucha  
sobre ambos se precipita.

Mientras Gastón al raptor  
estrangula, acude Blanca  
que de los hombros le arranca  
al tesoro de su amor.

La gente, entusiasta, admira  
a Gastón, que con su mano  
ahoga al napolitano,  
que se retuerce y expira.

Cuando ya muerto lo ve,  
y halla a Blanca con su hijo,  
al raptor con regocijo  
le pone en el cuello el pie.

Se cruza airoso de brazos  
triunfante y de gozo ardiente,  
impidiendo que la gente  
destruya al vil en pedazos.

Blanca, loca de alegría,  
arrodíllase llorando  
ante el retablo gritando:  
“¡Gracias, gracias, madre mía!”

No juzga el hallazgo cierto  
en sus delirios febriles,  
y en tanto los alguaciles  
van a recoger al muerto.

Vuelve a su esposa Gastón,

mira al niño, se embelesa,  
y grita cuando lo besa:  
“¡Hijo de mi corazón!”

Todo el pueblo enternecido,  
llora, clama, palmorea  
y hasta el más pobre desea  
besar al niño perdido.

Y torna la paz al alma;  
la pena es gozo profundo,  
que siempre viene en el mundo  
tras la tempestad la calma.

V

Blanca, a quien sólo aconseja  
la piedad actos de amor,  
dejó de tan gran dolor  
un recuerdo en la calleja.

Puso un nicho y unas flores,  
emblemas de su cariño,  
y en el nicho a Jesús Niño  
perdido entre los Doctores,

y una lámpara que ardía  
símbolo de devoción  
invitando a la oración  
en la noche y en el día.

Y año tras año corrido  
respeto el hecho la fama;  
y aquella calle se llama  
“Calle del Niño Perdido”.

LA VIRGEN DE LA PIEDAD  
2 de febrero de 1652  
(Tradicción de la iglesia de La Piedad)

I

Un religioso dominico,

varón noble, humilde y sabio  
a quien con amor llamaban  
el *piadoso* sus hermanos,

salió de Méjico a Roma  
con el especial encargo  
de hallar un pintor de fama  
para encomendarle un cuadro.

Tratábase de una imagen  
que inspirase fervor santo,  
la Virgen Inmaculada  
con Jesucristo en los brazos.

Era aquel fraile devoto  
de la Piedad, y lo enviaron  
para que hiciese a su gusto  
la elección de tal trabajo.

A tan venerable Virgen  
con oro y con entusiasmo  
los dominicos estaban  
erigiéndole un santuario.

Escogieron como sitio  
más propicio para el caso,  
por su natural belleza  
su posición y su espacio,

uno junto a la calzada  
que hjo en mil seiscientos cuatro  
don Juan de Mendoza y Luna,  
el marqués de Montes Claros,

y que Torquemada y Zárate  
con destreza nivelaron,  
pues eran en esas obras,  
en su tiempo, los más sabios.

El sitio fue en sus principios  
un miserable pantano,  
y más tarde convirtióse  
en ventorrillo ignorado.

Allí levantóse el templo  
y contiguo al templo el claustro,

con gran número de celdas,  
de corredores y patios.

Para engrosar los recursos  
en obra de tal tamaño  
y que no la interrumpieran  
por falta de numerario,

el Virrey dio fuertes sumas,  
los mineros le ayudaron  
y así se acabó el convento  
al correr de pocos años.

Artistas de limpios nombres  
las bóvedas decoraron  
y a los muros laterales  
dieron con su genio ornato.

Sólo en el altar del fondo  
quedaba desnudo un claro  
mientras llegaba de Roma  
el principal de los cuadros.

Como en todas las edades,  
las obras de los extraños  
juzgábanse las mejores  
y las de precio más alto;

por esto esperaban todos  
que cruzara el Oceano,  
viniendo a nuestros verjeles  
a causar asombro y pasmo

la más hermosa pintura  
que vieron ojos humanos  
digna y acabada imagen  
de la Reina de los Santos.

Tardábase el religioso  
por los fiedes esperado  
y sin él no se podía  
abrir el nuevo santuario.

Temiendo que hubiera muerto  
o que algún desastre amargo  
le impidiera de algún modo

su misión llevar a cabo,

hiciéronse en su convento  
rogativas y sufragios  
y entraron en ejercicios  
los frailes dominicanos.

Alzábase el nuevo templo  
entre pintorescos álamos  
como un alcázar de nieve  
en esmeralda engarzado.

Ya coronaba sus muros  
un esbelto campanario,  
con la cruz que muestra el cielo  
y al dolor abre los brazos.

Ya los altares tenían  
para el culto sacrosanto  
lo que la liturgia pide  
y los cánones marcaron.

Sólo para abrir las puertas  
y llamar a los cristianos  
y bendecir el recinto  
y empezar rezos y cantos,

se esperaba al sacerdote  
trayendo en sus nobles manos  
de la Virgen y el Dios vivo  
los más hermosos retratos.

.....

¿Qué pasaba allá a distancia,  
tras de los mares revueltos,  
con aquel comisionado  
esperado tanto tiempo?

Llegó el religioso de Roma,  
y como sabio y discreto,  
para hallar un buen artista  
siguió prudentes consejos.

Buscó al que le señalaban  
como el mejor de aquel tiempo

al que los de más renombre  
reputaban el primero.

Hablaron de su propósito  
y bien pronto convinieron  
en la condición del cuadro,  
en su símbolo y su precio.  
El artista, con la ruda  
franqueza que tiene el genio,  
dicen que habló al religioso  
con estos claros conceptos

—El cuadro que se me encarga  
lo haré como os lo pidieron,  
mas no me exijáis un plazo  
ni me limitéis el tiempo.

—Es que precisa que vaya  
entregarlo cuando menos  
a los seis meses contados  
desde este mismo momento.

—Yo así no trazo una línea,  
pues sólo a pintar me atrevo  
si la inspiración me empuja,  
sin darme cuenta, hacia el lienzo.

—Pero en seis meses ignoro  
si estaré inspirado en ellos  
—¿Cuándo acabaréis entonces?  
—Señalar plazo no puedo.

—Bien — dijo el fraile, — es posible  
que Dios, que impulsa lo buen,  
os inspire antes de mucho  
y me vaya pronto a Méjico.

—Es posible.— A vuestro cargo  
dejo todo —Lo agradezco  
— Pintad pensando que pronto  
se tiene que abrir el templo.

—Ábranlo sin mi pintura  
—Es imposible. —No acierto.  
—El altar mayor espera,  
para consagrarse, el lienzo.

Y se separaron ambos  
y los seis meses corrieron  
y el artista con angustia  
solicitó plazo nuevo.

Y trascurrió el nuevo plazo  
y otro más, y al año y medio  
el religioso le dijo  
de pena y tristeza enfermo:

—Nada tenéis. Os perdono.  
¿Qué dirán al ver que llevo  
sin dar a mi encargo fácil  
el debido cumplimiento?

— Algo he pintado aunque es poco.  
— Dádmelo, porque así al menos  
probaré que no es mi culpa  
volver así como vuelvo.

—Es un boceto muy débil.  
—Bien está, dadme el boceto,  
y allá buscaré un artista  
que lo acabe en poco tiempo.

—¡Allá un artista! ¡Estáis loco!  
Artistas allá es un sueño;  
Nadie me corrige en Roma,  
pues soy en Roma el primero

—Pero Dios está con todos,  
y en Dios descanso y espero.  
—¿Mas contáis con un artista?  
—¡Y no contáis con el cielo!

Los ojos del religioso  
al decir tales conceptos  
brillaban como dos soles  
irradiando vivo fuego.

Lo halló el pintor tan hermoso,  
tan sublime, tan angélico,  
que temblando y de rodillas  
le entregó al punto el boceto.

Y ya con él en las manos  
salió de aquel aposento  
dejando brillante estela  
como un bólido en los cielos.

Y un mes después de esta escena  
se embarcó con rumbo  
a Méjico y en alta mar  
sorprendióle el equinocio de invierno.

Una tempestad horrible  
azotó cual frágil leño  
la barca en que navegaba,  
de morir estando en riesgo.

En la Estrella del mar pura,  
los ojos y el alma puestos,  
salvando de aquel naufragio  
de Veracruz llegó al puerto.

Y cuentan los narradores  
que cuando volvió al convento  
cohibido y avergonzado  
mostro a los frailes el lienzo

Y con asombro de todos  
él y sus hermanos vieron  
la más hermosa pintura  
de la Reina de los Cielos

Un pincel desconocido  
le dio vida a aquel boceto  
y nada faltaba al cuadro  
que deslumbraba por bello.

Pronto adornó aquella imagen  
el altar mayor del templo,  
y al saberse aquel milagro,  
aquel extraño portento

con grande fervor llegaban  
a pedirle amparo eterno  
los pobres, los delincuentes,  
los desvalidos y los huérfanos.

Y admiraban los hechizos

del cuadro, humildes, creyendo  
lo que pintó sin ser visto  
el Artífice Supremo.

LA VELA DE PIEDRA  
(Adición de la Villa de Guadalupe)

Sacude el mar su melena  
y son las olas montañas  
que coronan refulgentes  
ricas diademas de plata.

Niega el sol su viva lumbre  
al titán que tiembla y brama,  
y el huracán, monstruo negro,  
abre sus fúnebres alas.

Todo es en el cielo sombras;  
todo es en el aire ráfagas,  
la lluvia cae a torrentes,  
el rayo doquier estalla;

cada relámpago alumbra  
un cuadro que impone y pasma  
de terror al que lo mira,  
a Dios elevando el alma.

Sobre el abismo sin fondo  
de las turbulentas aguas,  
entre las olas gigantes  
que los espacios escalan;

bajo el manto de tinieblas  
que en las regiones más altas  
corren en alas del viento  
como legión de fantasmas;

Al rumor de las centellas  
que difunde la borrasca  
y que al reventar convierten  
las nubes en rojas ascuas;

cual hoja que se sacude  
para abandonar la rama,  
a impulsos de estos ciclones

que a los sabinos descuajan,

en la líquida llanura  
zozobra sin esperanzas  
ligera nave que en vano  
quiso arribar a la playa.

Sus velas poco le sirven  
y el maderamen no basta  
a resistir los embates  
de las ondas encrespadas;

sus mastiles se doblegan,  
como en el campo las cañas,  
y al hundirse en el abismo  
ninguna mano la salva.

Es la soledad desierta  
su aterradora amenaza;  
la mar su inmenso sepulcro,  
y el mudo espacio su lápida.

Los que en la nave caminan  
sus oraciones levantan  
al Ser que todo lo puede  
y le encomiendan sus almas.

Entre tantos tripulantes,  
que sobre el abismo viajan,  
van dos jóvenes que ruegan  
al cielo con unción santa.

Pareja noble y dichosa,  
que con ternura se aman  
y que tienen por tesoro  
la juventud y la gracia.

El cumplió los veinte abriles  
ella por dos no le iguala;  
él es arrogante de porte,  
ella una beldad sin tacha.

Van a buscar a sus padres  
que residen en Espafia,  
y antes de que la tormenta  
su embarcación agitara,

llevaron más ilusiones  
risueñas, dulces y castas,  
que tiene estrellas el cielo  
y tiene arenas la playa.

El, mirando los horrores  
siniestros de la borrasca,  
entre la lluvia de rayos  
que roncós tronando espantan,

besa a su esposa la frente  
al verla derramar lágrimas,  
y señalándole el cielo  
le dice: — ¡Ten esperanza!

Dios que, al extender su mano  
refrena al punto las aguas,  
y a quien sumiso obedece  
cuanto formó su palabra,

Dios que es todo y puede todo  
es el único que salva  
al que en los grandes peligros  
su misericordia aclama.

— Pídele tú que nos salve  
de una muerte tan amarga,  
tan lejos de tantos seres  
que nos buscan y nos aman;

yo me dirijo a quien logra  
de Dios lo que nadie alcanza,  
a la “Estrella de los Mares”,  
a la Virgen sacrosanta.

Yo, cuando fui a despedirme  
de mi Virgen mejicana,  
“no me abandones, mi madre”,  
dije llorando a sus plantas.

Y ella no ha de abandonarnos,  
nos sigue con su mirada,  
arrodíllate conmigo  
y háblale con toda el alma.

Mira en el triste horizonte  
aquella nube de alza,  
figurándome en su forma  
un paisaje que me encanta,

el cerro agreste y pequeño  
entre cuyas rocas áridas  
la Virgen de Guadalupe  
se apareció en forma humana.

Y la nube se ilumina,  
la circunda roja franja  
y algo se mueve en el fondo  
que parece que me llama.

—Deliras, mujer, deliras,..  
—Pero mira, se destaca  
entre rayos refulgentes  
una visión que me encanta.

¡Es la Virgen de mi tierra!  
¡Mira el ángel a sus plantas  
el manto azul y estrellado  
como las noches de Anáhuac!

—Santo delirio, hija mía;  
si la Virgem nos salvara  
las velas que tiene el barco,  
y vamos que son bien anchas,

como ofrenda de su templo  
por nosotros regalada  
para ejemplo de otros fieles  
yo las hiciera de plata.

Y cuando acabó aquel joven  
de decir estas palabras,  
aplacáronse las olas  
quedando la mar en calma.

Las que fueron negras nubes  
pronto se tornaron blancas  
y asomó la luna en llena  
por las estrellas cercada.

Los marineros absortos

de maravilla tan alta  
volvieron cantos y risas,  
bendiciones y plegarias,

lo que en los tristes mometos  
de la deshecha borrasca  
fueron horribles blasfemias  
y escandalosas palabras.

La nave al fin llegó al puerto,  
la gente feliz y sana  
refirió el raro portento  
confirmándolo con lágrimas.

Y los jóvenes viajeros  
avivaron más el ansia  
de cumplir una promesa  
más que solemne, sagrada.

El mástil de aquella nave  
que se dobló cual caña  
al soplo de la tormenta  
fiera y desencadenada,

lleváronselo consigo,  
y en otras horas más gratas  
trajéronlo hasta la iglesia  
de la Virgen mejicana.

Dieron al templo en limosna  
lo mismo que les costara  
fabricar cual lo ofrecieron  
rico velamen de plata.

Y aprovechando aquel mástil  
fueron con piedra labradas  
las velas que hoy nos recuerdan  
el fervor de aquellas almas.

¡Cuántos ascendiendo al templo  
que el cerro en su altura guarda,  
frente al monumento humilde  
de que mi romance trata,

no saben que es el emblema  
de una devoción sin mancha,

de una fe que fue el tesoro  
de las edades pasadas,

y que hoy es raro encontrarse  
prestando alivio a las almas  
a quienes la duda enferma  
y el escepticismo amarga!

¡Oh tradición, tú recoges  
sobre tus ligeras alas  
lo que la historia no dice  
ni el sabio adusto relata!

¡Toca al narrador agreste  
despojarte de tus galas  
para entretrejer con ellas  
sus más vistosas guirnaldas!

Al pueblo lo que es del pueblo,  
sus venturas, sus desgracias  
y todo cuanto le atañe  
en su historia y en su patria.

#### LA PRINCESA AZTECA

(Leyenda de la alberca de Chapultepec--

A la inspirada poetisa y virtuosa señora Angela G. de Alcalde)

El bosque centenario  
en sus antros encierra  
ese silencio eterno que acompaña  
a las salvajes pompas de la América.

En el espeso toldo  
que al sol el paso niega,  
los cenizontles que cantan en las noches,  
de rama en rama sin zozobras vuelan.

Y el cardenal errante,  
y el colibrí de seda,  
al beso de las tibias alboradas,  
dando celos al iris, juguetean.

De las copas más altas,  
como argentadas hebras,

las canas de los viejos ahuehuetes  
dan a los vientos sus robustas crenchas.

Y revistiendo el tronco  
de secular corteza,  
matizando sus troncos de esmeralda,  
se abre a la luz la trepadora hiedra.

Tapiza el suelo un musgo  
que ni el verano seca,  
donde recoge el aire en las mañanas  
un sempiterno olor a fibras nuevas.

El bosque centenario  
en su extensión inmensa  
repercute en las tardes los acentos  
más dulces de los cánticos aztecas.

Las voces de una raza  
peregrina y guerrera  
que va dejando con su sangre hirviente  
de su incesante caminar las huellas.

Y vagan esas notas  
dulcísimas y tiernas,  
enseñando a los pájaros salvajes  
tristes y melancólicas cadencias.

Las repite el cenzontle  
en la noche serena,  
cuando la luna en el azul espacio  
el heno de los árboles platea.

Las dice la calandria,  
el clarín las remeda,  
y en las tardes de mayo los jilgueros  
trovan los himnos de su amor con ellas.

Y cuando en tristes horas  
de lluvia y de tinieblas  
la tempestad su carro de relámpagos  
sobre los viejos árboles pasea,

y con ojos de llamas  
la lechuza agorera  
predice la catástrofe y la muerte

como alada Sibila de la selva,

cuando los vientos rugen,  
cuando los troncos tiemblan  
y cual cinta de lumbre en negro abismo  
el rayo retumbando culebrea,

en el fondo del bosque,  
rasgando las tinieblas,  
se oye dulcísima y doliente  
que canta melancólicas endechas.

Son las notas de una arpa  
de misteriosas cuerdas  
en que surgen estrofas no aprendidas  
cuando calla el placer y hablan las penas.

Las extrañas canciones  
entre la sombra vuelan,  
mezclándose del viento a los rugidos  
y al sordo rebramar de la tormenta.

Vagan en el ramaje,  
cruzan por la maleza,  
y el paso no les corta la falange  
de sabinos cual mudos centinelas.

Se extienden en los lagos  
de superficie tersa  
donde crecen los juncos cimbradores  
y sus corolas abren las ninfeas.

Cruzan por los maizales  
cuyas cañas esbeltas  
sus hinchadas espigas, a las lluvias  
levantan a los cielos en ofrenda.

¿Quién canta esas canciones?  
¿Quién dice esas endechas,  
que ya traspuesto el sol y quieto el mundo  
repiten los cenizales en la selva?

¿De qué garganta brotan?  
¿Quién delira con ellas  
y en la imponente majestad del bosque  
en tristísimas horas las eleva?

Mirad, hay en el fondo,  
tras la enramada espesa,  
dominando los altos ahuehuetes  
una montaña de verdor cubierta.

La mano de un gigante  
amontonó sus piedras,  
sobre las cuales fabricó un palacio,  
para propio solaz, un rey azteca.

Son espesos sus muros,  
angostas son sus puertas,  
y parece, mirado desde lejos,  
vetusta cripta en la extensión desierta.

Pega el nopal al muro  
sus espinosas pencas,  
y como cenicientos obeliscos  
los órganos tristísimos lo cercan.

No tiene escudo noble  
tan rara fortaleza,  
ni levadizo puente, ni ancho foso,  
ni rastrillo, ni glacis, ni poterna.

No guarda férreos cascos,  
ni lanzas, ni rodelas,  
ni resonó jamás en sus salones  
la armadura brutal de la Edad Media.

Los señores que ha visto  
esgrimen arco y flecha,  
llevan al combatir desnudo el sexo  
y adornada con plumas la cabeza.

Obscuros son sus ojos,  
sus cabelleras negras,  
su cutis, siempre al sol, color de trigo,  
sencillas sus costumbres y su lengua.

En tan triste palacio  
con sus damas se hospeda  
siempre sola, llorosa y resignada,  
como un lirio con alma, una princesa.

Y vive sin que nadie  
a visitarla venga,  
que por rencor y celos y venganza  
víctima del amor allí la encierran.

Amó, cual amar saben  
en su raza, en su tierra,  
las mujeres que encienden sus pupilas  
con la del alma inextinguible hoguera,

Un hermano celoso  
de su pasión intensa,  
mató al indio bizarro que formaba  
el culto terrenal de la doncella.

Y entonces con la rabia  
que electriza a las fieras,  
cuando el artero cazador destroza  
al cachorro que esconden en la cueva,

ella tomó en sus manos  
la macana de piedra  
y castigó a su hermano con un golpe  
que bien pudo arrancarle la existencia.

El padre, como ejemplo,  
como justa sentencia,  
la alejó de su lado y encerróla,  
del viejo bosque en la mansión severa.

Y allí con la alborada,  
cuando la luz despierta,  
cuando en todas las ramas hay cantares  
y alza un himno de amor toda la selva,

cuando se abren las fibras  
y en sus corolas tiemblan  
los pintados y errantes *chupamirtos*  
que de sabrosas mieles se alimentan,

se oye como descende,  
por las abruptas peñas,  
envuelta en un mantón de blancas plumas,  
seguida de sus damas, la Princesa.

Siempre al pisar el bosque

toma la misma senda,  
para buscar el sitio apetecido  
en que el placer y la delicia encuentra.

Allá, bajo las ramas  
más verdes, más espesas,  
y donde en haces de colores vivos  
el sol naciente sus fulgores quiebra,

engastada en el musgo  
cual líquida turquesa,  
convidando a la vida y al deleite,  
espejo del follaje, está la alberca.

El manantial fecundo  
al fondo borbotea,  
sin que nadie perciba sus rumores  
ni la quietud perturbe de la selva.

Dicen que cuando alguno  
se posa en sus arenas,  
queda encantado y con extraña forma,  
y el que a buscarlo va, jamás lo encuentra.

Por eso todos temen,  
y aún los hombres recelan,  
sumergirse en las ondas cristalinas  
de una agua tan azul y tan serena.

Sólo la hermosa joven,  
cuando a los bordes llega,  
fija en el manantial una mirada  
que es la viva expresión de una promesa.

Deja el manto de pluma,  
sus cabellos destrenza,  
y a las caricias púdicas del agua,  
dando tregua al dolor, feliz se entrega.

Y míranse en las ondas  
las formas hechiceras,  
deslizarse flotantes y tranquilas  
como la flor que la corriente lleva.

Si el bello busto asoma,  
sobre los senos ruedan

las gotas transparentes y brillantes  
como si fuesen lágrimas o perlas.

Y cuando el cuerpo airoso  
quieto flotando queda,  
parece que el cristal azul y terso,  
enamorado sus contornos besa.

Semeja blanca ondina,  
ruborosa sirena,  
que, con un beso, el sol americano  
quemó su piel y la tornó trigueña.

¿Oís? cantan muy dulce  
las aves de la selva,  
las brisas no estremecen el ramaje,  
ni el heno gris en los sabinos tiembla.

El aire está suspenso,  
ningún rumor se eleva,  
porque en el viejo bosque centenario  
juega desnuda la gentil doncella.

Salta un instante al borde  
de la azulosa terma,  
y los encantos que Ila dio natura  
sin velo encubridor al aire muestra.

Y escúchase de pronto  
un grito de sorpresa,  
cual lo lanzara el que soñó en un cielo  
y al fin, sin esperarlo, lo contempla.

Por el vetusto bosque,  
el grito aquel resuena,  
y levanta los ojos espantados  
la ninfa que en las aguas se refleja.  
Y sin tino, temblando,  
pálida, como muerta,  
descubre entre las ramas de un sabino  
de un ser desconocido la cabeza.

Es un amante osado,  
es un guerrero azteca,  
que adora a la doncella y la persigue,

y hoy en su virgen desnudez la acecha.

Sin conceder más tiempo  
de que sus formas vea,  
herida en su pudor la altiva joven  
se sumerge en el agua con violencia.

Y al manantial desciende  
y toca sus arenas,  
y se pierde a los ojos de sus damas  
y el guerrero la busca y no la encuentra.

Cruzaron varios soles  
por la azulada esfera,  
y nadie supo el postrimer destino  
de aquella humana y púdica azucena.

Que allí quedó encantada,  
refieren las leyendas,  
y que al mediar los soles y las lunas  
flota sobre la líquida turquesa.

Su nombre ignoran todos,  
nadie ignora sus penas,  
y quedan de sus gracias como espejo  
los movibles cristales de la alberca.

## EL RELOJ DE PALACIO (Leyenda de las Calles del Reloj)

Lector: escúchame atento  
esta tosca narración  
y júzgala la tradición,  
fábula, conseja ó cuento.  
En un libro polvoriento  
la encontré leyendo un día,  
y hoy entra a la poesía  
desfigurada y maltrecha;  
el verso es de mal cosecha  
y la conseja no es mía.

Hubo en un pueblo de España,  
cuyo nombre no es del caso  
porque el tiempo con su paso

todo lo borra o lo empaña,  
un noble que cada hazaña,  
de las que le daban brillo,  
celebraba en su castillo  
dando dinero a su gente  
construyendo un nuevo puente  
o alzando un nuevo rastrillo.

Era el noble de gran fama,  
de carácter franco y rudo,  
con campo azul en su escudo  
y en su torre un oriflama.  
Era señor de una dama  
piadosa como ninguna;  
dueño de inmensa fortuna  
por trabajo y por herencia  
y tan limpio de conciencia  
como elevado de cuna.

Una vez, para decoro  
de sus ricas heredades  
cruzó yermo y ciudades  
para combatir al moro.  
Llevóse como tesoro  
y como escudo a la par,  
un talismán singular  
atado a viejo rosario  
un modesto escapulario  
con la Virgen del Pilar.

Era el precioso legado  
de sus ínclitos mayores;  
desde sus años mejores  
lo tuvo siempre a su lado.  
Y como voto sagrado  
de cristiano y caballero  
juzgó su deber primero  
en el combate reñido  
llevarlo siempre escondido  
tras de su cota de acero.

En ocasión oportuna  
el noble llegó a creer  
que ante el moro iba a perder  
honra, blasón y fortuna.  
Soñó que la media luna

nuncio de sangre y de penas,  
en horas de espanto llenas  
iba en sus feudos a entrar  
y hasta la vio coronar  
sus respetadas almenas.

Y no sueño, realidad  
pudo ser en un momento,  
pues fue tal presentimiento  
engendro de la verdad.  
Acércanse a su heredad  
Muslef y sus caballeros;  
mira brillar los aceros  
al fugor de alta linterna  
y sale por la poterna  
en busca de sus pecheros.

Anda con paso inseguro  
de un hachón a los reflejos;  
“alarma”, grita a lo lejos  
el arquero sobre el muro.  
Como a la voz de un conjuro  
del noble los servidores  
surgen entre los negros  
de aquella noche maldita  
y lo siguen cuando grita:  
“¡Sus! ¡a degollar traidores!

Corren y, en breves instantes,  
terror y espanto difunden  
y en una masa se funden  
asaltados y asaltantes.  
Los cascos y los turbantes,  
revueltos y confundidos,  
entre quejas y alaridos  
vense en las sombras surgir,  
sin lograrse distinguir  
vencedores y vencidos.

El noble señor avanza  
en pos del blanco alquicel  
de un moro que en su corcel  
huye blandiendo su lanza.  
Resuelto a asirlo le alcanza  
por ciega rabia impelido,  
y cruel y enardecido

le mata con gran fiereza  
y le corta la cabeza,  
pues Muslef era el vencido.

Al tornar lleno de gloria  
a su castillo feudal  
dijo: “Es un ser celestial  
el que me dio la victoria.  
El que ampara la memoria  
y el lustre de mis abuelos;  
el que me otorga consuelos  
cuando vacila mi planta;  
es... ¡la imagen sacrosanta  
de la Reina de los cielos!

“Siempre la llevé conmigo  
y hoy de mi fe como ejemplo  
he de levantarle un templo  
donde tenga eterno abrigo.  
El mundo será testigo  
de que ferviente la adoro,  
y cual reclamo sonoro  
de su gloria soberana  
daré al templo una campana  
hecha con armas del moro”.

El tiempo corrió ligero  
y el templo se construyó  
como que el noble empeñó  
palabra de caballero.  
Sobre su recinto austero,  
todo el feudo acudió a orar  
venerando en el altar  
en lujoso relicario,  
un modesto escapulario  
con la Virgen del Pilar.

Los siglos, que todo arrastran  
lo más sólido destruyen,  
los hombres llegan y huyen  
y los monumentos pasan.  
Templos que en la fe se abrasan  
ceden del tiempo al estrago;  
todo es efímero y vago  
y en las sombras del no ser  
lo que vistió el oro ayer

hoy lo encubre el jaramago.

Quedóse el templo en ruinas,  
sus glorias estaban muertas  
y ya en sus naves desiertas  
volaban las golondrinas.  
Sobre sus muros, espinas;  
verde yedra en la portada  
la Virgen, abandonada  
por ley aciaga e injusta,  
y la campana vetusta  
eternamente calada.

En cierta noche el horror  
de algo extraño se apodera  
de aquel pueblo cuando oyera  
de la campana el rumor.  
Desde el más alto señor  
al pobre y al pequeñuelo,  
acuden con vivo anhelo  
a mirar quién la profana  
y se encuentran la campana  
sola, repicando a vuelo.

Asaltan con gran trabajo  
la torre donde repica  
y su espanto multiplica  
ver que toca sin badajo.  
El noble, el peón del tajo,  
el alcalde, el alguacil,  
con agitación febril  
y con ánimo turbada  
exclaman: “¡Está hechizada  
por los siervos de Boabdil!”

Entre temores y enojos,  
propios de aquellos instantes,  
los sencillos habitantes  
ya no pegaron los ojos.  
Con sobresalto y sonrojos  
el temor al pueblo excita  
lleva el cura agua bendita  
y como todos, temblando,  
comienza a rezar, regando  
a la campana maldita.

A medida que mojaba  
el agua bendita el hierro,  
cual diabólico cencerro  
más la campana sonaba.  
La gente se santiguaba  
triste, amedrentada y loca,  
el cura a Jesús invoca  
y por fin llega a exclamar:  
“No la podemos callar  
porque el diablo es quien la toca”.

Tras esa noche infernal  
se dio cuenta al nuevo día  
de aquella aventura impía  
al consejo y al fiscal.  
Este, en tono magistral,  
bien estudiado el conjunto,  
resolvió tan grave punto  
y por solución perfecta  
dijo: “Que tuvo directa parte  
el diablo en el asunto”.

Y como sentencia sana,  
poniendo al espanto un dique,  
declaró nulo el repique  
de la maldita campana;  
que cualquier mano profana  
con un golpe la ofendiera  
que el pueblo la maldijera,  
siendo el alcalde testigo  
y desterrada, en castigo,  
para las Indias saliera.  
Cumplida aquella sentencia,  
maldecida y sin badajo,  
a Méjico se la trajo  
antes de la Independencia.  
De algún Virrey la indolencia  
la dio castigo mayor  
quedando en un corredor  
del Palacio abandonada,  
por ser campana embrujada  
que a todos causaba horror.

Alguien la alzó en el espacio,  
le dio voz y útil empleo,  
y fue un timbre y un trofeo

en el reboj de palacio.  
El tiempo a todo rehacio  
y que méritos no advierte,  
puso un término a su suerte  
cambiando su condición  
y encontró en la fundición  
metamórfosis y muerte.

En el libro polvoriento  
que a tal caso registré,  
la descripción encontré  
de tan raro monumento.  
Tuvo como un ornamento  
de sus nobles condiciones,  
de su abolengo pregones  
en la parte principal,  
una corona imperial  
asida por dos leones.

En el cuerpo tosco y rudo,  
consagrando sonidos,  
se miraban esculpidos  
un calvario y un escudo,  
y como eterno saludo  
de la tierra en que nació  
en sus bordes se grabó  
una fecha y un letrero:  
“Maese Rodrigo” (el obrero  
que la campana fundió).

Produjo tal sensación  
entre la gente más llana  
ver un reloj con campana  
en la virreinal mansión,  
que son eterna expresión  
de aquel popular contento  
las calles que el pueblo atento  
“del Reloj” sigue llamando  
constante conmemorando  
tan fausto acontecimiento.

Dos centenares de auroras  
la campana de palacio  
lanzó al anchuroso espacio  
sus voces siempre sonoras.  
Después de marcar las horas

con solemne majestad,  
dejóle nuestra ciudad  
recuerdo imperecedero,  
que es su toque postrimero  
vibrando en la eternidad.

## EL CACAHUATAL DE SAN PABLO

Casi mediando por filo  
el siglo décimo sexto,  
pues sólo faltaba un año  
para diez lustros.completos,  
un progón del Santo Oficio  
puso en gran alarma a México  
asombrando a la nobleza  
y a la plebe dando miedo.  
Iban a ser conducidos  
con gran pompa al Quemadero  
más de cien penitenciados,  
de grandes crímenes reos.

Herejes y.judaizantes,  
desde largo.tiempo presos,  
y firmes en las doctrinas  
de Moisés y de Lutero,  
de sus terribles sentencias  
fijado el lúgubre término  
pronto como relajados  
iban a ser un ejemplo,  
una sagrada enseñanza,  
prueba, verdad y escarmiento  
de que los hijos del diablo  
deben morire en el fuego.

Alzáronse inmensas piras  
sobre aquel lugar siniestro,  
donde hallamos una plaza  
de mercado en nuestros tiempos,  
al lado sur del Palacio  
donde reside el Gobierno.  
Cansáronse muchos hombres,  
gastóse mucho dinero  
en los mil preparativos  
del auto de fe más negro

que la Inquisición registra  
en su historia en nuestro suelo.

Y corrió de boca en boca,  
jurando todos ser cierto,  
que ordenaba el Santo Oficio  
que desde el conde al pechero  
revistieran las fachadas  
de sus propios aposentos  
con todo lo que mostrase  
aflicción, terror y duelo.

Que en balcones y ventanas  
de las casas del trayecto,  
que recorrer deberían  
hasta el suplicio los reos,  
se pusieran crucifijos  
con verdes ceras ardiendo;  
lazos y cortinas negras,  
ramas de ciprés con heno  
y por únicos adornos  
los atributos más tétricos  
de estatuas y de retablos  
en tumbas y cementerios.

Que al pasar la comitiva,  
con numeroso cortejo  
de inquisidores y jueces  
y de verdugos y pueblo,  
ninguno hablara en voz alta  
para no ofender al cielo,  
y que de todas las bocas  
salieran fervientes rezos,  
para así atenuar un tanto  
la suerte de los confesos.

Que era obligación de todos  
rezar contritos el Credo  
y repetirlo las veces  
que les permitiera el tiempo  
que tardaran en cambiarse  
en cenizas los incrédulos.

Por último el Santo Oficio,  
a nobles como a plebeyos,  
ordenaba que llevasen

en torno del Quemadero  
a sus esposas e hijos  
para tomar escarmiento  
de cómo padece y muere  
y causa terror un réprobo.

Y les previno asimismo  
que aquel que por sentimiento,  
por compasión o ternura  
en instantes tan supremos  
solicitará clemencia  
o indulto para los reos,  
a las terribles hogueras  
fuera arrojado con éstos.

Y se mandó que ninguna  
de las gentes de este Reino  
pudiera asistir al auto  
ni conocer a los reos  
sin haber en su parroquia  
cumplidos los sacramentos  
que lavan de toda culpa  
y curan de todo yerro.

Con tan graves prescripciones  
los habitantes de Méjico  
esperaban el instante  
en que un castigo tremendo  
iba a cumplirse, llevando  
cien hombres al Quemadero.

## II

No hay plazo que no se cumpla,  
dice un sabido proverbio,  
y al fin llegó la alborada  
que ansioso esperaba el pueblo.  
Dentro de las tristes celdas  
a los infelices reos  
sus verdugos de rodillas  
estas cosas les dijeron:

“Nosotros, que vuestras vidas  
por mandato cortaremos,  
vuestro perdón demandamos

en nombre del Juez Supremo  
a quien también le pedimos  
que os liberte del infierno”.

Y esta fórmula cumplida  
visten con hoga a los presos,  
y los disponen y alistan  
para caminar al fuego.

Entre todos, allí estaba  
ocupando el primer puesto  
un judaizante muy rico  
y de carácter de hierro.

Contaban propios y extraños,  
en público y en secreto  
que vino a la Nueva España  
a dedicarse al comercio.

Construyó un amplio palacio  
un tanto churrigueresco,  
en el barrio más distante  
de la capital del reino.

Y arregló en el piso bajo  
una casa de comercio  
con dos puertas, de las cuales  
una tuvo el privilegio

de que si entraba por ella  
un comprador forastero,  
sacaba, sin explicárselo,  
más baratos los efectos.

Así vivió sin zozobras  
el mercader mucho tiempo,  
y le debió a una desgracia  
turbar tan dulce sosiego.

Tuvo entre su muchedumbre  
a una mujer a quien dieron  
orden de que investigase  
de aquel hombre los secretos;  
y ella, astuta y maliciosa,  
y fanática en extremo  
llegaba noche por noche

junto a la alcoba del dueño,  
y no le vio santiguarse  
ni le escuchó ningún rezo.

Pero sí notó que siempre  
se escucharan raros ecos  
de golpes, como si diera  
azotes en algún cuerpo;  
miró por la cerradura  
y vio con asombro inmenso  
que aquel hombre fustigaba  
con un rebenque de cuero  
a un Niño Jesús, desnudo  
y tendido sobre el suelo.

Le dio parte a la justicia  
y no pasó mucho tiempo  
sin que al hereje encontrara  
el inquisidor Aldeño,  
dando golpes a la imagen  
del Príncipe de los Cielos.

Registrada aquella casa,  
encontraron que el hebreo  
en una de las dos puertas  
de su casa de comercio  
enterró dos crucifijos  
y formaba su contento  
vender al que los pisaba  
más baratos los efectos.

Por crímenes tan terribles,  
por tan grandes sacrilegios,  
senticiólo el Santo Oficio  
a ser arrojado al fuego,  
con coraza en la cabeza  
y sanbenito en el cuerpo,  
conducido con una mula,  
montado en sentido inverso,  
con el rostro hacia la cola,  
custodiado por dos negros.

Y que después de quemado,  
para enseñanza del pueblo,  
se esparcieran las cenizas  
en alto a los cuatro vientos,

confiscándose sus bienes,  
su habitación maldiciendo,  
regando con sal y lumbre  
los muros y los cimientos  
y condenando a sus hijos  
a calabozo perpetuo.

### III

Cuentan viejos pergaminos  
que el excomulgado reo,  
cuando al suplicio marchaba  
daba pavor por blasfemo.

Y que la mula elegida  
para conducir su cuerpo  
se encabritó tantas veces  
que dio con él en el suelo;  
y temiéndose que vivo  
no llegara al Quemadero,  
ordenaron que subiera  
para sujetarlo un negro,  
que lo estrechó entre sus brazos  
en gran parte del trayecto.  
El pueblo que contemplaba  
tan espantosos sucesos,  
sin explicarse el motivo,  
dijo para sus adentros:  
“Este hereje lleva el diablo  
tan bien metido en el cuerpo,  
que ni la mula aguanta  
para no ofender al cielo”.

Por ventanas y balcones,  
en vez de salmos y rezos,  
le arrojaban anatemas,  
maldiciones y denuestos;  
y como era mes de julio  
en que siempre llueve en México,  
y estaba el cielo nublado  
y nada agradable el cierzo,  
las gentes se sospechaban  
que por no ver al blasfemo,  
entre cenicientas nubes  
permaneció el sol envuelto.

Así al horrible suplicio  
llegaron a pasos lentos  
más de cien excomulgados,  
todos firmes y confesos.

Tocó el turno al israelita  
que fue entre todos aquellos  
el primer quemado vivo  
por sus grandes sacrilegios.

Y dicen que al verse atado  
al tosco mástil de hierro  
y cuando ya lo envolvían  
las rojas lenguas del fuego,  
les gritaba a los verdugos  
con tosco y rabioso acento  
“Echen más leña, infelices,  
que me cuesta mi dinero”.

#### IV

Han transcurrido dos siglos  
y aún está de pie y entero  
el palacio en que habitara  
el infortunado reo.

Llamóse Tomás Tremiño;  
no murió joven ni viejo  
y fue de carácter firme  
y de condición discreto.

No se ha borrado su nombre  
de la memoria del pueblo,  
porque siempre el infortunio  
del cristiano y del hebreo  
hace palpitar llorando  
a los corazones buenos.

Y se encomia y se bendice  
y se aplaude con anhelo  
la dicha de haber nacido  
con la razón y el derecho  
y sin hogueras que forjen  
los grillos del pensamiento.

LA CALLE DE *XICOTENCATL*  
(A mi muy querido amigo Ramón Murguía)

Cuando al formidable empuje  
de la justicia del pueblo,  
el joven príncipe Hapsburgo  
subió al cadalso en Querétaro,

al recoger su cadáver  
sobre el memorable cerro  
en cuyas peñas abruptas  
saltó en astillas un cetro,

se ordenó que embalsamaran  
los inanimados restos,  
por si en la tierra nativa  
les daban tumba sus deudos.

Y era de mirarse el cuadro  
grave, imponente y siniestro,  
que por su humilde grandeza  
no olvidan los que lo vieron.

Sobre la bruñida plancha,  
tendido el desnudo cuerpo,  
plumón de cisne en lo blanco,  
marmórea estatua en lo yerto;

abierta la barba rubia  
en dos gajos sobre el pecho;  
cual turquesas empañadas  
los tristes ojos abiertos.

Surcando azulosas venas  
la frente de marfil terso,  
mostrando en ligeros surcos  
congelado el pensamiento.

Lacio tocando la piedra  
el áureo escaso cabello,  
alisado en otros años  
por manos que están muy lejos.

Rojas, profundas heridas  
dispersadas en el pecho,  
por donde entraron las balas  
y se escaparon los sueños.

Inertes los largos brazos,  
como abandonados remos,  
y en las manos insensibles  
algo crispados los dedos.

En las piernas. las señales  
de haber mantenido el cuerpo  
largas horas sobre el ágil  
corcel de los campamentos.

Y en el extraño conjunto  
despertando los recuerdos  
de Rubens, cuando pintara  
a Cristo desnudo y muerto.

## II

En una ciudad que ha sido  
por muchos meses el centro  
de encarnizados y horribles  
combates a sangre y fuego,

por más que sobró pericia  
no abundaron elementos  
para sin tacha ninguna  
ungir el cadáver regio,

y a reparar menoscabos  
trajéronlo pronto a Méjico,  
sobre los frescos escombros  
del ya desplomado imperio.

En tierra de Moctezuma  
el príncipe entró de nuevo,  
no sobre augusta carroza,  
sino encerrado en un féretro.

De nuestra ciudad las llaves  
ninguno le dio a su encuentro,  
ni su retorno anunciaron  
los heraldos palaciegos.

En las sombras de la noche,  
por rudas tablas cubierto,  
sin ser por nadie esperado  
y sin visible cortejo,

entró en vetusta capilla  
el ataúd, pobre y negro,  
y en tosca mesa de pino  
quedó en solemne aislamiento.

Una lámpara que ardía  
toda la noche en el templo,  
lanzaba sobre la caja  
su fulgor amarillento,

y en las elevadas bóvedas,  
como tristes agoreros,  
con sus fúnebres graznidos  
se quejaban los mochuelos.

Las místicas esculturas  
semejaban con su aspecto  
dolientes que acompañaran  
la soledad de aquel cuerpo.

Sobre el ataúd cernían  
su augusto, impalpable vuelo,  
los fantasmas de otros mundos  
que en otros siglos vivieron:

Carlos Quinto, con sus pompas  
de un sol sin ocaso dueño,  
surgió con su egregia Corte  
para velar a su nieto.

La noble María Teresa  
con sus infinitos duelos,  
en la frente del Hapsburgo  
depositó helado beso.

Sola estaba la capilla,  
solo el misterioso féretro,  
solos los tristes altares  
de aquel recinto severo,

y dentro de aquella caja,  
solo y rígido durmiendo  
un soñador de treinta años  
fatua luz de un breve imperio.

Allá detrás de los mares  
solo el castillo risueño  
que el Mediterráneo baña  
con ondas de azul sereno.

Sola, en el antiguo mundo,  
loca de amargura y duelo,  
la esposa joven y hermosa,  
que en vano espera a su dueño:

y fuera de la capilla,  
en una calle de Méjico  
que de San Andrés se llama  
y donde estaba aquel templo,

la indolente muchedumbre,  
sin pensar en el rey muerto,  
elevaba los cantares  
de un rey inmortal: el pueblo.

Al par que mamá Carlota  
se cantaban los Cangrejos,  
y alzando hossana a Juárez  
daban vivas a Escobedo.

Era muy negra la noche,  
era muy lúgubre el viento,  
la ciudad aun no salía  
de los espasmos del miedo.

Y allí estaba aquel cadáver,  
limpia la faz, roto el pecho,  
como una lección terrible,  
como un inmortal ejemplo,

de que la ambición engaña,  
de que deslumbra el ensueño  
y de que fue una tragedia  
lo que se llamó un imperio.

Yo era muy joven, muy joven,

y el corazón en mi pecho  
lloraba la dura ausencia  
de mi único Dios terreno;

de mi padre, que ni un día  
mientras que tuvo un aliento,  
dejó, con honda amargura,  
de llorar por aquel muerto.

### III

El sabio a quien encargóse  
el nuevo embalsamamiento  
era del ilustre Juárez,  
al par que amigo, su médico.

No bien con expertas manos  
ligó los inertes miembros,  
dejó, por secar las vendas,  
suspendido al aire el cuerpo.

Pediente de los dos hombros  
en un arco de aquel templo,  
y con los ojos de esmalte  
retando al abismo negro,

solo quedó el soberano,  
rígido como de acero,  
con olorosos barnices  
mojando a sus pies el suelo.

Y cuentan que en una noche  
a Juárez dijo su médico,  
más bien que en tono de súplica  
en son de dulce consejo:

“No quiero encerrar al príncipe  
para siempre en otro féretro  
antes de que, de mi brazo,  
vayáis vos a conocerlo.

Y Juárez cedió a la oferta,  
y esa noche, en silencio  
llegó al misterioso sitio  
conversando a paso lento.

Dos lámparas encendidas  
mal alumbraban el templo,  
y en la penumbra del fondo  
se destacaba aquel muerto.

Aviváronse las luces  
y bañó un fulgor intenso  
el rostro color de cera,  
los ojos color de cielo.

Juárez se acercó impasible  
en holgada capa envuelto,  
sin dar señales ningunas  
de angustia o desasosiego.

Y de pie frente al cadáver  
clavó en él sus ojos negros  
y se lo quedó mirando  
con su semblante de hierro.

Un diálogo sin palabras  
se entabló en aquel momento  
entre el rey ajusticiado  
y el justiciero de un pueblo.

Una parvada invisible  
de profundos pensamientos  
de la frente de aquel vivo  
voló a la frente del muerto.

Mas no se turbó su rostro,  
ni sus labios se movieron,  
ni cruzó por sus pupilas  
rayo de placer o duelo.

Y después de haber estado  
contenplándolo en silencio  
“Ya lo vi —dijo en voz baja,  
el vendaje aun no está seco”.

Y tomando por el brazo,  
cual de costumbre a su médico,  
sin hablar de aquella escena  
salió de allí a paso lento.

.....  
La eternidad insondable  
quedó atrás en el templo  
y ella oyó el diálogo mudo  
de aquel vivo y aquel muerto.

#### IV

Pasados breves los meses  
y a sus patrios lares vuelto,  
el príncipe infortunado,  
sin corona y sin aliento

conmemorando su muerte  
en junio, en el mismo templo,  
congregarse a llorarlo  
no pocos de sus adeptos.

Escándalo semejante  
despertó en aquellos tiempos  
tempestad de desazones  
y amargos resentimientos.

Y en masónico banquete,  
en un solsticio de invierno,  
frente de lelustre Juárez,  
y ante un auditorio inmenso,

un liberal de renombre  
y de carácter enérgico,  
adalid de la Reforma  
y hombre de acción y talento,

pidió, sin temor a nadie,  
que se derribara el templo  
poniendo manos a la obra  
en aquel mismo momento;

y dos horas no pasaron  
sin que con extraño estruendo  
las piedras se desgranaran  
del muro al golpe del hierro.

Derribada la capilla,

se abrió la calle que hoy vemos  
“de Xicotencatl” llamada  
en honor de un héroe egregio.